

BOLSIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

un secreto mortal

cliff bradley





SS **SERVICIO SECRETO**



CLIFF BRADLEY

UN SECRETO MORTAL

Colección **SERVICIO SECRETO** n° 1.138

Publicación semanal

Aparece los MIERCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RÍO DE JANEIRO

Depósito legal: B. 7.379 -1972
Impreso en España - Printed in Spain
1.^a edición: mayo, 1972

© CLIFF BRADLEY - 1972
sobre la parte literaria

© JORGE SAMPER - 1972
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)
Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1972

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE:

1.269 -Desde la tumba.

En Colección BÚFALO:

937 -Los hombres del río.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.125 -Setecientos mil dólares.

En Colección ASES DEL OESTE:

626 -El león y los chacales.

En Colección BRAVO OESTE:

518 -El cráter del sol poniente.

En Colección COLORADO:

752 -No hay piedad para Frank Sharp.

En Colección PUNTO ROJO:

467 -Los eslabones de la cadena.

En Colección CALIFORNIA:

790 -Sol salvaje.

En Colección KANSAS:

715 -Viento, muerte y soledad.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

73 -Los hombres del bosque.

En Colección BÚFALO SERIE AZUL:

6 -Los herederos.

En Colección SALVAJE TEXAS:

836 -Rimrock.

CAPÍTULO PRIMERO

La mujer era aún joven, y sin duda andaba haciendo ejercicio de piernas por el parque, en su bicicleta. Como todas las mujeres, era sobremanera curiosa. Vio perfectamente que dentro del estupendo descapotable rojo iban dos personas, pero no pudo discernir bien sino el rostro, mejor dicho, el aspecto físico, del que conducía, un hombre aún joven, moreno, con melenas. El coche rojo pasó raudo y se perdió pronto entre los árboles.

Hyde Park es muy grande. Y está lleno de rincones apacibles, de caminos y senderos hermosos. La mujer de la bicicleta andaba por uno de ellos cuando distinguió, por entre el follaje, al coche rojo detenido. Hacía tal vez diez minutos que el vehículo la adelantara.

Poco después, la mujer llegaba a la altura del coche rojo. Venía de cara, y con razonable curiosidad. Notó que dentro del coche sólo parecía encontrarse una persona, el conductor, y como descabezando un sueñecito.

Que el conductor de un coche sintiera sueño y decidiera sestar un poco en lugar tranquilo, no tenía nada de particular. Que eso sucediera a las diez de una espléndida mañana. —Apenas un poco de bruma y un sol debilucho arriba—, sí resultaba raro. Por eso la mujer se alertó.

Y por eso descubrió, mientras miraba al hombre en apariencia dormido, el siniestro brillo rojo de la sangre. Sangre fresca fluyendo sin prisa por su frente, manchando el volante.

La mujer pegó un respingo sobresaltada, miró a su alrededor y luego pedaleó como si pretendiera ganar una competición deportiva.

Al contrario de lo que ocurre en otras partes, en Inglaterra suele haber pocos, pero bien situados *policemen*. La mujer tardó tres minutos en dar con uno, en una de las rotondas ajardinadas del parque. Jadeando, le comunicó su hallazgo.

Todo el mundo conoce la legendaria eficacia de la policía británica. Incluso ahora, que se ve desbordada por el explosivo aumento de la delincuencia, logra resolver, aproximadamente, la mitad de todos los casos que se le presentan, récord inigualado, de hecho, por otras policías, digan lo que digan sus boletines publicitarios. Cinco minutos después de que la nerviosa señora diera el aviso, ya estaba llegando un patrullero junto al coche rojo. Y el inspector Gillian llegó exactamente diez minutos más tarde.

Ya había media docena de agentes rodeando el lugar con discreción y alejando curiosos, que, por cierto, no eran muchos. Un sargento se le acercó, dándole el parte:

—Dos disparos, señor. Muerte instantánea. Debieron dispararle por una de las ventanillas... o a boca de jarro, desde dentro del coche. Hay un testigo que afirma iba acompañado.

Gillian era un ejemplar perfecto del policía inglés. Treinta y ocho años natural representados, alto, delgado, sobria y elegantemente vestido, pipa larga y lisa, igual que su cara, dos pensativos ojos azul grises... un *gentleman*. Escuchó el informe mientras se acercaba al vehículo y miraba al muerto.

Un hombre de sobre cuarenta años, no demasiado mal parecido, con esa condenada cara de cretinoide que dan las melenas, de tez olivácea, ahora más, no muy fuerte. La expresión de su rostro revelaba algo así como aturdimiento. Y el redondo agujero encima de su ceja izquierda, de un color cárdeno morado, casi resultaba artístico.

—Dijo que tiene dos disparos, sargento. ¿Dónde el otro?

—En mitad de la espalda, señor.

—En mitad de la espalda... Muy curioso... ¿Cómo fue encontrado?

—Caído de bruces sobre el volante, como si durmiera. Así le halló la testigo, así estaba también cuando llegó el agente Rogers.

El agente Rogers era muy alto, muy joven y parecía ligeramente emocionado, cosa lógica, sólo llevaba cuatro meses en la policía, se trataba de su primer homicidio.

—Sí, señor. Hallé al cadáver inclinado sobre el volante, con la mano izquierda crispada en el mismo y la derecha, el antebrazo, apoyado en el asiento. La cabeza tenía la vuelta hacia el lado derecho...

El inspector Gillian tenía ahora una expresión mucho más pensativa. Ordenó inmediatamente a sus hombres realizar una detenidísima inspección del terreno circundante.

—Busquen huellas de pisadas, también casquillos de bala, de hecho todo lo que pueda resultar sospechoso, en un radio de cincuenta o sesenta yardas. Hogdson, pida un equipo de huellas y más refuerzos. ¿Han identificado al interfecto, sargento?

—Le esperábamos para registrarlo, señor. Pero el coche pertenece a un tal Peter Dorianos.

El inspector dominó un leve respingo. ¿Dónde había oído aquel nombre? Le era condenadamente familiar...

El muerto vestía una chaqueta de ante y una camisa muy floreada, llevaba un estupendo «Rolex» de oro y una esclava del mismo metal, cuando apareció su billetera, dentro había una buena suma de dinero. También un par de documentos, ambos al mismo nombre. Peter Dorianos, profesión, peluquero.

Peluquero... Ahora, el inspector ya supo de quién se trataba. Porque Peter Dorianos era uno de esos maravillosos seres que poseen todas las claves y todas las llaves en nuestra nunca bastante ponderada sociedad occidental. Por sus manos pasaban las más famosas e ilustres cabezas, no sólo del Reino Unido, sino de otros muchos países, lo cual significaba que podía conseguirlo casi todo... incluso dos balazos en un camino solitario de Hyde Park. ¿Por qué?

Dos balazos. Uno en la sien izquierda, el otro en mitad de la espalda, hacia la izquierda también. Y, sin embargo, la única testigo y el policía que llegó primero a su lado se mostraban acordes, le vieron como adormilado sobre el volante...

La mujer estaba razonablemente nerviosa, pero se mostró muy segura en sus afirmaciones.

—Yo iba con mi bicicleta por Princess Road cuando me adelantaron. Sí, estoy segura de que con él iba alguien, les vi perfectamente, pero no podría decir si el otro era hombre o mujer, también llevaba melenas... No habrían pasado diez minutos cuando descubrí el coche parado. Al acercarme...

—El motor estaba en marcha cuando llegué, señor, como si se hubieran detenido sólo un momento, pensando continuar. Yo lo dejé así, el sargento lo detuvo cuando movimos el cadáver.

Un cadáver que había recibido un balazo en la sien y otro en la

espalda. ¿Quién tendría interés en matar a un peluquero de señoras famoso, quién le acompañaba en su último paseo, quién le disparó?

Los agentes estaban moviéndose como podencos por todo alrededor del automóvil. Y como eran muy buenos, no tardaron en encontrar pistas, detalles.

—Una mujer, o un muchacho muy poco pesado. Salió del coche y huyó en esa dirección, hacia Compton Drive. Usa zapatos de tacón mediano, del número 36.

—Hubo una persona apostada detrás de este árbol, las huellas de los pies están bien marcadas. Pero no hay ningún casquillo de bala, aunque pudo recogerlo y llevárselo, naturalmente.

Llegaron la ambulancia y también el coche de los técnicos. Inmediatamente se procedió a realizar todas las normales maniobras consabidas en tales casos...

Una hora más tarde, el inspector Gillian entraba en su despacho de Scotland Yard y pedía el informe preliminar del forense. Con él, y con lo por sí mismo recopilado, se fue a ver a su superior, el superintendente Lawson.

Éste era otro de esos tipos británicos casi clásicos, frío, flemático, físicamente feo, fresca la faz, fumador.

—Y bien, Gillian, parece ser que le ha caído en las manos un caso poco corriente. ¿De qué se trata?

—Peter Dorianos, el conocido peluquero de la alta sociedad. Asesinado de dos balazos en Hyde Park, cuando iba acompañado de un efebo, o mujer, que, desde luego, ha desaparecido sin dejar rastro.

—¿Crimen pasional? Tengo entendido que ese Dorianos es italiano...

—Italo-maltés. Pero en este caso me inclino por descartar el crimen pasional.

—¿Alguna razón?

—Dos razones. A Dorianos le mataron de sendos balazos, en la cabeza y el corazón. Uno de los proyectiles le entró por delante, el otro por la espalda. Ambos fueron disparados a distancia respectivas de cuarenta y dos y una yardas, a través de las abiertas ventanillas del vehículo y utilizando un arma provista de silenciador, sin lugar a dudas, puesto que nadie oyó disparos. El asesino no sólo es profesional, sino tirador de primera clase; le disparó a la sien en el

momento en que Dorianos debía estar inclinado, tal vez besando a su acompañante, sin herir a éste.

—Extraordinario. ¿Está seguro?

—Aquí tiene el informe preliminar del forense, aquí los de mis hombres y los de Huellas, también la declaración de la mujer que vio el cadáver y minutos antes vio al mismo conduciendo su coche en compañía de alguien a quien no podría identificar.

El comisario tomó aquellos informes y los examinó con ceño fruncido.

—¿En qué podría estar metido Dorianos, Gillian? Porque si le han matado así ha sido una...

—Trampa perfecta, con cebo y todo. Por ahora sólo sé lo que hay ahí, aparte la información que he conseguido sobre el interfecto.

—¿Le dice algo esa información?

—No. Dorianos llegó a este país hace veinte años, como uno de tantos emigrantes. Se colocó como peluquero de caballeros al principio, a los dos años como ayudante en una conocida peluquería de señoras. Fue subiendo con bastante esfuerzo hasta el día en que peinó a la princesa Margarita por indisposición de su peluquero habitual. Entonces se dio a conocer, halló capital y montó su peluquería. Desde hace seis años, aproximadamente, estaba considerado como uno de los principales peluqueros de señoras del país, con una escogida y muy selecta clientela. Y por ahí creo que deberemos investigar.

—¿En qué sentido?

—Dorianos era un hombre normal. Quiero decir que tenía esposa y dos hijos, que ha tenido algunos enredos vulgares amorosos, pero siempre con mujeres.

—Usted mismo dijo que había que descartar el crimen pasional...

—Eso dije. Pero fíjese en esta lista de clientes habituales de nuestro hombre. Hay, desde la esposa de un almirante a la de un ministro, pasando por toda la gama posible de mujeres de la alta sociedad.

—¿Adónde va a parar, Gillian?

—A algo que me ha venido a las mientes mientras repasaba esa lista. Hace años, durante mi servicio militar en Alemania, ocurrió

un caso de espionaje muy sonado. Un astuto agente soviético abrió una peluquería en Francfort, a la que muy pronto acudieron las esposas, hijas y secretarias de los altos jefes norteamericanos. Usted ya conoce la facilidad femenina para darle a la lengua, sobre todo en la peluquería. Gracias a micrófonos convenientemente situados, unidos a grabadoras, el servicio secreto soviético obtenía valiosísima información de primera mano sin que nadie, en los servicios secretos occidentales, pudiera dar con el origen de las filtraciones. La cosa se descubrió por pura casualidad.

—Y usted cree que Dorianos...

—O era un agente secreto o descubrió a alguno infiltrado en su peluquería. En el primer caso, cometió algún error y le sellaron la boca, en el segundo lo hicieron para que no pudiera revelar lo que sabía.

—¡Hum! Es una teoría fascinante... pero sin pruebas.

—Tendremos que buscarlas. Y si damos con ellas, habrá que avisar al *Intelligence Service*.

CAPÍTULO II

El hombre que entró en la pequeña y cómoda oficina de Gillian era otro perfecto espécimen británico. Respiraba Eton por todos los poros, además era exageradamente atractivo y parecía tener mucha conciencia de su excepcionalidad.

—Leslie Fitzalan, Coldstream Guards —dijo, presentándose al inspector como lo haría en una recepción de palacio. Gillian tomó y estrechó su cuidada mano con una sonrisa.

—He oído de usted, capitán Fitzalan. Me complace conocerle. Aquí estamos seguros.

—Una agradable noticia —Fitzalan varió rápida y perceptiblemente su *pose*, al tiempo que esbozaba una simpática sonrisa—. Reconforta quitarse la máscara de vez en cuando. Yo también he oído de usted, Gillian. Y ahora parece ser que vamos a trabajar juntos en un buen asunto.

—Creo que lo es, en efecto. Ya conoce los antecedentes, supongo.

—Sí. El conocido peluquero maltés era un personaje de suficiente importancia y la prensa de la tarde trae el relato de su impresionante muerte en primera página. Buen trabajo, les felicito.

—Hemos hecho todo lo posible para despistar a nuestros presuntos contrincantes.

—Y en estos momentos millones de ínclitas ciudadanas están devorando la noticia, haciendo cábalas sobre la misteriosísima acompañante de Dorianos. Los editores de periódicos deberían agradecerse.

—No suelen hacerlo.

—¿Algo más que lo que ya conozco?

—Tan sólo confirmaciones y puntualizaciones. Un tirador de élite, emboscado convenientemente, acertó a Dorianos en la sien y el corazón, disparos mortales de necesidad que le liquidaron

instantáneamente. Un hecho desconcertante, no parece que la acompañante, porque sin duda era una mujer, del interfecto estuviera al corriente de lo que pensaban hacerle.

—¿Qué se lo hace suponer?

—Dejó demasiadas huellas. Tras los disparos salió corriendo, desalada, hacia Compton Drive. Allí sus huellas se mezclaron con las de vehículos y otros paseantes. Pero hemos localizado a tres personas que podrían identificarla... si se la pusiéramos delante y en adecuadas condiciones.

—Eso es magnífico. ¿Qué clase de individuos?

—Una mujer, un policía y un taxista. Coinciden en la descripción. La mujer estaba sentada en un banco de Compton Road, haciendo calceta y vigilando los juegos de su hijo, se fijó en ella porque la vio nerviosa y agitada, también por su elegancia, juventud y belleza. El policía lo hizo casi por las mismas razones. El taxista igual. Ella lo paró en Queen Cross Crossing, pidiéndole que la llevara a Piccadilly.

—Un buen lugar para desaparecer. Supongo que tendrán ya un retrato «robot».

—Lo están terminando. También nuestros hombres han tomado todas las huellas dactilares recientes dentro del taxi. Y eso es lo extraño. Si ella era el cebo que atrajo a Dorianos a la muerte, ¿cómo huyó de modo tan absurdo, cómo los asesinos la dejaron escapar así? Y si no lo es, si sólo era una amiga, alguien del todo ajena al asunto, ¿cómo los asesinos estaban tan a punto y en el lugar justo?

—Parece raro, desde luego...

—No encaja con todo lo demás.

—¿Qué dice la esposa?

—Es una mujer vulgar, que evidentemente hace tiempo dejó de amar a su marido. Está, con todo, anonadada, no nos ha servido de mucho, aunque es pronto para decirlo, volveré a interrogarla. Hemos registrado la peluquería principal de las que forman la «cadena» de Dorianos, estamos interrogando a su personal. Y ya hallamos cosas interesantes.

—¿Por ejemplo?

—Hubo una instalación electrónica de escucha muy bien disimulada, también habilísima. Si lo desea, le llevaré a verla.

—Me interesará. ¿Por qué dice «hubo»?

—Se han dado mucha prisa a desmontarla. Tanta, que no pudieron borrar totalmente las huellas de su existencia. Por eso hemos advertido a ustedes la verdadera situación. Cuando guste nos vamos.

Descendieron a los sótanos del moderno edificio central de Scotland Yard y subieron a uno de los excelentes patrulleros recién puestos en servicio. Sólo iba con ellos el chófer.

—Creo que estamos siendo «marcados» por los asesinos de Dorianos, por eso actuamos como si se tratara de un caso rutinario de homicidio con ciertas complicaciones. La prensa está volcada en el asunto, dada la personalidad del interfecto, hay que ir con sumo cuidado.

—Bueno, por lo que me respecta pueden estar tranquilos. Hasta hoy, a nadie se le ha ocurrido la descabellada idea de imaginarse convertido en agente del Servido de Contraespionaje.

Eso lo sabía Gillian. Su acompañante tenía gran notoriedad, estaba considerado un nuevo Brummel, el perfectísimo *specimen* del aristócrata británico tradicional, exquisito, impecable, intachable, snob, insoportable para la mayoría de los hombres, asediado por la mayoría de las mujeres. Rico, noble, oficial de uno de los más exclusivos regimientos, deportista, *arbiter elegantiarum*, Don Juan a la inglesa... lo más antitético posible del clásico agente del Servicio de Contraespionaje. Con todo, el capitán Fitzalan de Crowe era considerado por sus jefes como uno de los mejores cazadores de espías de Inglaterra, precisamente por su fantástica habilidad para moverse, sin despertar sospechas, en los medios más idóneos.

Que le hubieran encargado este caso significaba, pura y simplemente, que el *Intelligence Service* daba gran importancia al *affaire* Dorianos.

La principal peluquería de Dorianos estaba ubicada en plena City, en uno de los modernos y funcionales edificios alzados sobre lo arrasado por los bombardeos alemanes de la Segunda Guerra Mundial y a razonable distancia de todos aquellos lugares donde solían encontrarse con frecuencia los miembros de la High Society. Por dentro era un fascinante conjunto de artilugios para volver guapas a las feas y deslumbrantes a las atractivas. No sólo peluquería, sino también toda la gama de artes accesorias, contaba con un escogido y nutrido personal, de uno y otro sexo. Se sabía

que Dorianos abominaba de los homosexuales, *rara avis* entre los de su especie.

El inspector se las arregló para esquivar a periodistas y fotógrafos, que mosconeaban por los alrededores a caza de noticias frescas. Una vez en el local de la peluquería, custodiado por sólidos e impasibles agentes, los dos hombres inspeccionaron todo con la mirada.

—He aquí uno de los grandes templos de nuestro frívolo e insustancial mundo...

—Sí. Da grima pensar en que sean lugares como éste los pozos donde desaparece buena parte de nuestro dinero. Pero, además, tras de su vulgar y sofisticada apariencia se ocultan la maldad y el crimen, como las fieras tras los macizos floridos de la jungla. Veamos esto.

Indicaba un punto en uno de los confortabilísimos sillones de tortura.

—En apariencia, un vulgar y anodino enchufe. En la realidad, un contacto directo con un micrófono ultrasensible, el cual, a su vez, se conecta con una micro grabadora. En nueve de cada diez casos, la dama que aquí se siente solo hablará de naderías, chismes de sociedad, insulseces femeninas. En el décimo, comentará con una amiga, o con el empleado o empleada que la atienda, algo que para ella carece de importancia, algo que escuchó a su marido, o se lo sonsacó, o él le confió; y eso será importante para la seguridad de nuestro país, se tratará de un secreto industrial, o cosa parecida. Entonces, cuánto diga, y cuanto le sonsaquen hábilmente, quedará grabado, pasando más tarde a manos enemigas o simplemente a una agrupación de delincuentes internacionales que trafican con secretos económicos o militares. Nadie va a imaginárselo, ¿verdad? Y menos la transmisora de tales secretos, no hay mujer capaz de admitir que su lengua puede hacer mucho daño sin siquiera advertirlo su cerebro.

—¿Han encontrado más?

—Hasta ahora, cinco, ya desmontados y vueltos a reparar de modo que nada a simple vista pudiera advertirse, ni tampoco en una inspección superficial. No les dio tiempo con este y otro más. Es posible que aún haya varios más.

—Vendrán de inmediato un par de especialistas nuestros. ¿Qué

hay de los empleados?

—Aquí dentro, normalmente, veintisiete, once hombres y quince mujeres. No hay nada contra ninguno en los archivos, pero eso nada significa. Estamos vigilándoles a todos.

—Nosotros también, ya. ¿Interrogaron a algunos?

—A varios, pero siguiendo la línea que nos hemos marcado y dejándoles plena libertad después, incluso para hablar con la prensa. Ninguno dijo, o ha hecho, nada que resulte sospechoso o nos dé alguna pista; pero es evidente que alguno, o algunos, de los empleados de Dorianos están en el ajo.

—Lo averiguaremos. No caben dudas de que esta peluquería, o tal vez alguna otra de la misma cadena, eran un centro de recogida de datos importantes. Me espeluzno al pensar en la cantidad de ellos que pueden haber pasado de las sueltas lenguas femeninas de tantas y tantas mujeres archiconvencidas de no estar diciendo nada de importancia a esas mini grabadoras... Éste es un mundo perverso y pervertido, inmoral y trivializado, Gillian. Además, está lleno de hombres tontos y mujeres charlatanas. Ahora tenemos que descubrir quién asesinó a Dorianos, por qué, y cómo decidieron tan enrevesada *mise en scene* que a la fuerza debería encaminarnos directamente a una investigación a fondo y exhaustiva de su vida y milagros. ¿Se da cuenta, Gillian? Si lo que querían era comunicarnos que ese hombre se dedicaba en sus ratos libres a vender información secreta a naciones enemigas en potencia, no lo habrían podido hacer mejor.

—Es otro de los detalles que me desconciertan, en efecto.

—Y a mí. Me gustaría encontrar a esa muchacha que acompañaba a Dorianos cuando le liquidaron de modo tan efectivo y espectacular. Algo me dice que ella tiene la clave del asunto...

CAPÍTULO III

Leslie Stanford estaba segura de tener nervios a prueba de sobresaltos y problemas; pero sólo era una petulante apreciación de sus propias cualidades, muy lógica a los diecinueve años.

No obstante, dominó perfectamente sus nervios cuando aquel desagradable individuo le hizo su chantaje:

—O acepta mis condiciones o todo el mundo conocerá esa historia.

La historia a la que Peter Dorianos se refería era por demás desagradable, y afectaba, nada menos, a la paz y la felicidad de su hogar, al prestigio y el futuro de su padre. Con tales cosas no se juega, pero tales cosas pueden inducir a un granuja a creer que una muchacha en flor puede entregársele dócilmente a cambio de su silencio. Se ve a menudo en cine, novelas y televisión, luego, forzosamente, ocurre en la vida real.

Hasta entonces, ella, Leslie, había creído que no, al menos en tales términos; ahora sabía que estuvo equivocada. Así que decidió actuar de acuerdo con sus principios, puntos de vista y temperamento. Por eso, ahora iba dentro de su bolso de mano, una espléndida pistola automática. Y ella sabía manejarla, no en balde era subcampeona de tiro con arma corta e hija de un almirante.

No tenía precisamente un buen concepto de Peter Dorianos, mucho menos después que le hiciera tal proposición. Tan malo era su concepto, que para acudir a la cita se disfrazó concienzudamente. Peluca postiza, de otro color de cabello, maquillaje distinto al habitual, ropas ya desechadas hacia algún tiempo. A él, simplemente, le dijo que no estaba dispuesta a ser vista en su compañía por quienes la pudieran reconocer.

De hecho, sólo sentía asco, desprecio e ira, otra cosa no podía provocarle aquel granuja. Sin embargo, sabía muy bien cuál era el peligro. Y por lo mismo solicitó consejo a una persona de la cual

estaba, se sentía, segura.

—Ese pequeño cerdo quiere que me convierta en su amante a cambio de la grabación...

Aquella persona podía comprenderla, también aconsejarla; pero, sobre todo, callaría, pasara lo que pasase. En efecto, la comprendió y aconsejó:

—Ten mucho cuidado y no te precipites, los hombres como ese peluquero suelen ser retorcidos, astutos y sin escrúpulos...

Eso ya se lo imaginaba Leslie. De modo que fue también retorcida, astuta e inescrupulosa en su negociación.

Y ahora estaba sentada a su lado en el asiento delantero de su deportivo rojo, avanzando por los caminos casi solitarios de Hyde Park bajo la bruma mañanera. Lista para actuar y darle un buen disgusto...

Decidida a dárselo. Naturalmente, en ningún momento se le pasó por las mientes la idea de convertirse en amante de aquel sucio individuo ni aún para salvar a sus padres y su hogar de las consecuencias del escándalo. Pero tampoco era una heroína de novela melodramática, su plan de acción sólo comportaba la posibilidad de pegarle un tiro al peluquero en último extremo, de hecho no creía que Dorianos iba a ser un tipo de esos que fuerzan a una muchacha a drásticas acciones para salvaguardar su honor. En cuanto viera la pistola, y se convenciera de que no estaba bromeando...

De momento debía soportar sus sonrisas untuosas, sus palabras de claro y soez doble sentido, propias de un vulgar peluquero. Las manos, él debía mantenerlas en el volante, pero sus ojos la desnudaban al mirarla, provocándole la misma ingrata sensación que si se moviera sobre su piel un sapo.

Eran sensaciones subjetivas, naturalmente, producto de la situación. Objetivamente, Peter Dorianos incluso parecía agradable, bien, un poco detonantemente vestido, con su cuidada melena cubriendo una acusada calvicie gracias a una costosa peluca añadida, sus facciones afiladas, oliváceas, de meridional, sus ojos oscuros y su boca demasiado carnosa. Tenía grandes y suaves manos de peluquero, demasiado suaves y frías, como piel de batracio, su inglés era muy cuidado, pero denotando su origen. Un *parvenú*, un don Nadie alzado a una posición rutilante en una

sociedad corrompida gracias a su profesión, de siempre propicia al celestinaje, el proxenetismo y otras tareas similares. Naturalmente, ella no era su primera víctima, antes, otras muchas habrían tenido que pasar por el aro... y, probablemente, pasaron, de buena o mala gana, para ahorrarse disgustos mayores. En las peluquerías, las mujeres soltaban demasiado la lengua, ella misma no era una excepción. Y allí estaban los resultados...

De repente, Dorianos detuvo el coche, aunque dejando el motor en marcha. Habían llegado a un punto, un rincón perdido en el gran parque, de veras solitario, aislado. Y casi antes de que Leslie pudiera ponerse en guardia se vio asaltada.

—¿Por qué nos dete...? ¡Estese quieto, o le...!

Pero él ni siquiera había intentado los habituales prolegómenos en tal tipo de aproximaciones amorosas, giró y la agarró como si en su vida hubiera podido poner las manos encima a una mujer.

—Es demasiado hermosa... necesito sus besos ahora mismo...

No dijo exactamente «sus besos», sino otra cosa más brutal. Y la había medio sorprendido, dentro del coche no era fácil moverse, reaccionar. Una de sus manos había atrapado el antebrazo derecho de Leslie cortando de raíz su gesto agresivo, con su cuerpo volcado sobre ella le impedía utilizar la izquierda, le había pasado su mano derecha hacia la espalda, sujetándole la cabeza hábilmente y, al no poder besarla en la boca porque ella, apretándola, se la negaba con violencia, la mordió en el cuello y la mejilla.

Furiosa y asqueada, Leslie reaccionó poniendo a contribución todas sus energías, que no eran pocas. De todos modos estaba en desventaja y no era para ponerse a gritar. Había esperado que Dorianos hablaría, seguiría los cauces usuales, de acuerdo con el cine y la televisión. Más por lo visto, el sucio peluquero chantajista no veía unas ni otras, iba a lo suyo como un animal.

Y entonces, de repente, sin el menor aviso, lo inesperado, lo tremendo e increíble, ocurrió.

Leslie estaba demasiado atareada en su autodefensa contra el acoso, no oyó nada. Lo que sí sintió fue el súbito estremecimiento de su atacante, como si le hubiera dado un fortísimo calambre, seguido por su gemido ronco y un instantáneo aflojamiento total de él, que le quedó encima como un peso muerto, a la vez que caían flácidas sus manos y la cabeza se le doblaba, tronchaba, mejor

dicho, luego de separarse con violencia de ella.

Atónita, Leslie tardó unos instantes en reaccionar. De repente, un silencio muy grande había caído allí, dentro del coche, aún lo resaltaba más el ronroneo suave del motor. ¿Qué había pasado?

Entonces lo vio. Encima de la ceja izquierda y el cristalizado ojo de Dorianos un redondo, perfecto, agujero rojo del que estaba comenzando a fluir sangre brillante, un hilo escarlata fuerte descendiendo a la ceja, deteniéndose allí, saltando sobre ella, entrando en la órbita del ojo, remansándose junto al caballete de la nariz...

La comprensión y el horror entraron juntos, no aprisa, en el cerebro de la joven. Era imposible, pero... pero alguien acababa de dispararle a Dorianos una bala al cráneo, matándolo.

Reaccionó de manera instintiva, empujando al peluquero contra el lado opuesto del asiento, crispada, aturdida, asustada e incrédula. Él era ahora un simple peso inerte, quedó en una postura curiosa, descoyuntada, con la cabeza hacia delante, los ojos muy abiertos, con una última expresión atónita, mezclada al dolor y la lujuria, que ya nunca Leslie olvidaría, en ellos. Y aquel siniestro agujero rojo del que fluía la sangre...

Lo acababan de matar. Alguien, utilizando un arma provista de silenciador, disparándole desde fuera del coche... La muchacha movió veloz y ansiosa la cabeza, buscando signos de la presencia del asesino. Pero no distinguió nada. Ni un movimiento, ni un ruido.

Entonces comprendió lo comprometido de su propia situación. Si llegaba alguien, y la encontraba allí...

Era una muchacha de nervios bastante bien templados, ahora lo demostró. Otra se habría puesto a chillar, o se habría desmayado. Ella se movió todo lo aprisa que podía, abriendo la portezuela, saliendo del coche, mirando alrededor, comprobando que todo parecía estar solitario, recogiendo sus guantes y su bolso, cerrando la portezuela y saliendo disparada hacia los árboles y matorrales, donde no uno, sino muchos asesinos podían ocultarles... para dispararle a mansalva, dejarla tan tiesa como al propio Dorianos y luego huir.

Huyó empujada por el sanísimo instinto de conservación, sin entretenerse en buscar al asesino. Pero mientras corría iba pensando

en lo sucedido, y de ahí que abriera el bolso y empuñara la pistola que trajo. Si le disparaban procuraría contestar, como se descubriera el asesino, iba a saber que estaba muy en condiciones de defenderse...

No le disparó nadie, a nadie vio, nadie la molestó durante su fuga a través del bosque. De repente se halló en uno de los amplios caminos del parque, con bancos a ambos lados. No sabía exactamente dónde estaba, sí que debió alejarse más o menos un cuarto de milla del lugar del crimen.

Vio gente, poca, a lo lejos, también un automóvil que venía sin prisas hacia ella. Veloz, guardó su pistola en el bolso y siguió caminando a paso rápido, pero casi normal, mientras procuraba dominar su agitación. Al dar la vuelta al primer recodo advirtió a una mujer joven que hacía calceta vigilando los juegos de un niño de corta edad. Aquella mujer la miró con interés y Leslie se preguntó qué estaría sospechando. Hizo mayores esfuerzos para aparentar serenidad, siguió adelante y se miró el pecho, por si hubiera deladoras manchas de sangre en sus ropas.

No las había, eso le hizo suspirar con inmenso alivio. Pero poco más tarde alcanzó una rotonda donde un joven policía de uniforme vigilaba, paseando, juegos infantiles y madres, o nurses, perezosas. De todos modos pocos, gente normal, apacible, habitual en Hyde Park. El policía la miró mientras pasaba de largo ante él, pero Leslie sabía que no podía sospechar nada, simplemente le daba el instintivo homenaje de admiración a su belleza, a eso estaba acostumbrada. Claro que se acordaría de ella y, más tarde, tal vez la mencionara. Había sido una gran idea la suya al disfrazarse...

No mucho después vio acercarse un taxi de vacío. Lo paró y dio al taxista la dirección de Piccadilly. El hombre era casi viejo, no parecía muy interesado en belleza femenina, tanto mejor. Una vez en Piccadilly, ella se perdería aprisa entre las gentes, entraría en Gambler's, o en Saverny, se metería en los lavabos, se quitaría la peluca, borraría su maquillaje de circunstancias y abandonaría el local por otra puerta. Cuando llegara a casa, se cambiaría de ropa aprisa, cogería las comprometedoras prendas y haría con ellas un paquete, yendo a tirarlo al río. Nadie iba a poder identificarla con la misteriosa acompañante de Peter Dorianos...

¿Quién sería el asesino? Alguien que le conocía muy bien, sin

duda, a no ser que se tratara de uno de aquellos maníacos homicidas... Pero los maníacos homicidas no suelen poner a sus pistolas silenciador. Y fue, sin duda, un tirador de primera, el disparo había sido impecable, el proyectil le pasó a ella a tres dedos escasos de la cara, recordaba el fino, súbito silbido, el abacinazo de aire de su desplazamiento, tan sutil, el breve, casi inaudible, impacto. Al pronto no había comprendido de qué se trataba...

Quien fuera, sabía que Dorianos iba a detenerse allí, precisamente en aquel lugar, estaba esperándole para matarle. No parecía tener sentido. Sólo una persona pudo haber dicho al asesino que el coche rojo iba a detenerse justo en aquel preciso momento en aquel rincón del parque. Y el súbito ataque de Dorianos...

Con un suspiro profundo, Leslie se relajó, sacó tabaco, encendió un cigarrillo y fumó ansiosamente, mientras el taxi la iba sacando de Hyde Park. Había venido preparada para muchas cosas, pero no para esto. ¿No gustaba de las emociones fuertes? Pues aquí las tenía, fuertes, fortísimas...

Y algo estaba diciéndole que sólo era el comienzo.

CAPÍTULO IV

Leslie Fitzalan estaba ahora delante de su jefe directo, el brigadier general Maldoon. En un confortable y severo despacho, con sendos vasos de excelente *whisky* en las manos.

—Todo apunta hacia un *affaire* de espionaje, en efecto. Pero el intríngulis es, ¿qué era Dorianos, un espía o simplemente un desdichado que descubrió lo que no debía, para su mal?

—¿Cuál es su opinión personal?

—Aún no la tengo. La policía está trabajando magníficamente, ese inspector Gillian sabe lo que hace, una persona encantadora, en verdad... Hay algo que me crispa en este asunto, algo especialmente siniestro, sombrío, como una nota continua, de fondo, pasando a través de todo el cañamazo de la sinfonía y negándola entera... Hay que encontrar a esa muchacha, pero creo que no será fácil.

—¿Su teoría?

—Está sin perfilar. Sólo tengo hechos, y son un cúmulo de contrasentidos. Tenemos a la víctima. Italo-maltés, probablemente conectado con la Mafia, durante doce años nada más que uno de tantos oscuros peluqueros como llenan cualquier gran ciudad. Un individuo vulgar, sin estudios, con sólo un barniz muy superficial de cultura, que se abría penosamente camino en la profesión, casado con una inglesa no menos vulgar, padre de dos hijos, a punto de divorciarse, muy dado a las faldas, pero apenas un don Juan barato. En tres ocasiones estuvo conectado con turbios negocios de drogas, pero nada se le pudo probar, fue dejado en paz por falta de pruebas. No es... era, un drogadicto, con todo, sólo un intermediario, Dos ocasiones más, al Tribunal por amoríos extraconyugales y problemas de sainete mediterráneo. Fuera de eso, buen padre, duro patrón servicial y untuoso con la clientela... Nada de nada.

Fumó su pipa despacio, sorbió algo de licor y siguió:

—Luego, la fortuna llama a su puerta. Por indisposición súbita

del peluquero de la princesa Margarita, tiene la oportunidad de peinarla, acierta a hacerlo de modo que el peinado llama la atención, su nombre comienza a sonar. Y le llegan las clientes del gran mundo, cobra caros sus servicios, se enriquece aprisa, consigue ese barniz cultural de los advenedizos, entrada en la alta sociedad, amistades importantes... todo ello sin dejar de ser lo que es, porque ya es demasiado viejo para cambiar. Su esposa no pide el divorcio, llegan a una *entente cordiale*, cada cual hará lo que le venga en gana, pero mantendrán las apariencias conviviendo oficialmente en el hogar conyugal. A partir de entonces nuestro hombre lleva la clásica doble vida del burgués enriquecido, con su peculiar moralidad. Sigue adulando a los poderosos, a quienes pueden ayudarle o causarle daño, pero se va ensoberbeciendo aprisa, se convierte en un dictadorzuelo para quienes están de un modo u otro bajo sus órdenes. Vanidoso, rijoso, engreído, rastrero, inmoral y bastante cobarde, astuto, enredador, embustero, falso, cínico... con todo, un pequeño granuja relleno de viento y casi con seguridad íntimamente convencido de su falta de peso específico. Un hombre así puede ser utilizado por un servicio de espionaje, sin duda; pero jamás podrá llegar muy lejos en este negocio nuestro.

—Una excelente pintura de tipo, Fitzalan. Continúe.

—Tenemos el asesinato. Sabemos, sin lugar a dudas, que Dorianos iba acompañado por una mujer joven y muy atractiva. He visto su retrato. —«Robot» trazado sobre declaraciones de testigos y, sin duda, es una mujer muy interesante, me recuerda a alguien, aún no sé a quién. Desde luego, no se trata de una mujer vulgar, a no ser que el dibujante se haya entusiasmado subjetivamente con las descripciones. Ese hombre y esa mujer van a un punto determinado de Hyde Park, solitario en verdad, se detienen, dejando el motor en marcha y, ¿qué? Puede que se pongan a hablar, a discutir... En medio de la discusión, un asesino emboscado estratégicamente cerca del camino, entre los árboles, dispara sobre él con formidable puntería, le mete una bala en el cráneo y otra en el corazón. Yo me estoy preguntando, ¿por qué, para qué dos balas? ¿Por qué dispararle a él y dejar viva a ella, no sólo eso, sino dejarla huir? ¿Por qué la muchacha escapó a campo traviesa, como si hubiera sido sorprendida por lo ocurrido y estuviera llena de pánico? ¿Por qué el asesino se molestó y arriesgó tanto, yendo a

colocar a su víctima en la posición que luego fue encontrada, si debía constarle muy bien que bastaría un somero examen para comprobar la absoluta imposibilidad de que Dorianos cayera así al ser muerto? Era, a no dudarlo, un profesional avezado, muy bueno, sólo dejó aquellas huellas de su presencia que no podían comprometerlo, calzaba chanclos sobre los zapatos, se alejó en la dirección opuesta a la tomada por la mujer desconocida, había un automóvil esperándole a corta distancia, un vehículo, sin duda robado previamente para el caso, en el cual salieron del parque, perdiéndose tranquilos en la ciudad. ¿Hombres así actuarían así sin estar siguiendo muy concretas instrucciones? ¿Y en tal caso, por qué se les manda actuar así? ¿Cómo sabían que en un momento determinado su víctima iba a llevar precisamente a aquel lugar a una mujer, se detendría allí y les permitiría dispararle sobre seguro? Todo indica que se trató de una encerrona mortal maestra, y planeada en sus más mínimos detalles, sin dejar cabos sueltos, al menos ni la policía ni nosotros hemos dado con ellos. ¿Tiene sentido?

—Así expuesto, admito que muy poco.

—Pasemos a las complicaciones posteriores. Llega la policía, se informa, registra, indaga, examinan el cadáver, sacan huellas del coche, investigan a la víctima, descubren su identidad y un sagaz inspector recuerda determinado caso de espionaje ocurrido hace algunos años en Alemania. Comunica a sus superiores su razonamiento, logra que se lo tomen en cuenta, se investiga en esa dirección mientras procuran engañar a la prensa, se nos avisa, descubrimos que, en efecto, hubo artilugios de escucha y grabación electrónica, muy modernos y hábilmente colocados, en la principal peluquería del interfecto. Todo indica que sus matadores trataron de dismantelarla para que no la descubriéramos, pero no les dio tiempo a completar su tarea por poco, lo suficiente para ponernos la liebre ante las narices...

—¿Adónde va a parar, Fitzalan?

—A un condenado embrollo, señor. Presiento que se nos está marcando la ruta en una dirección determinada y de un modo muy hábil. Algo así como si el lobo se hubiera disfrazado de zorro y, tras llevarse a la gallina, se detuvieran de cuando en cuando a vaciar un poco del contenido de una vejiga llena con orines de zorro, para

que los perros no perdamos el rastro y podamos llegar a su debido tiempo al lugar adecuado, donde hallaremos las plumas y los huesos de la gallina. Con eso, lógicamente daremos nuestra labor por terminada, los sabuesos decidiremos que un zorro robó y devoró una gallina, nos volveremos a casa tan tranquilos... y mientras el lobo se comerá tranquilamente una hermosa ternera lechal.

El brigadier Maldoon le miraba ahora con fijeza. Y desde luego, Leslie Fitzalan habría asombrado mucho, de poder verle, a cualquiera de sus múltiples conocidos o amigos, su tono y expresión distaba muchísimo de los en él habituales.

—Así que cree nos están enredando...

—De un modo condenadamente astuto, sí, señor. Nueve de cada diez policías caerían en esa trampa sin recelar, así como la mitad al menos de mis colegas en el Servicio de Inteligencia. Quien ha planeado esto es un maestro.

—Y va tras una pieza importante...

—De máxima importancia, o no nos pondría tal carnada en el cebo.

—¿Tiene alguna idea de lo que pueda ser?

—Ni la más mínima. Pero he metido en la danza a todos aquéllos en quienes tengo una confianza casi absoluta, a los mejores de entre mis colaboradores. Hay algo que quiero pedirle.

—¿Qué es?

—No debemos advertir a la policía mis sospechas. Hay que dejarles actuar a su aire, convencidos de que creemos lo mismo que ellos. Sólo así nuestros misteriosos amigos, el lobo, se confiarán.

—¡Hum...! ¿De veras lo considera necesario? Ellos se han portado noblemente...

—Y nosotros lo vamos a hacer como cochinos. Es la diferencia entre su trabajo y el nuestro, qué remedio.

—Sí, claro... De acuerdo, así se hará. Usted procure que sus hombres no se descubran.

—Respondo de ellos como de mí mismo... hasta el límite más razonable. Les conoce y sabe cómo actúan. Daría mis próximas vacaciones por saber en qué dirección camina el lobo ahora... y cuál es su presa real.

Sonó uno de los teléfonos que estaban sobre la mesa.

El general lo tomó, dijo algo secamente y escuchó. Luego miró a

Fitzalan y le tendió el auricular.

—Gillian, desde Scotland Yard. Es para usted.

Con leve sonrisa pensativa, Fitzalan tomó el aparato.

—Aquí Fitzalan... Hola, Gillian... Sí... Ajá... Muy interesante... Voy inmediatamente hacia ahí.

Dejó el teléfono y miró a su interlocutor.

—Dieron con un par de sospechosos entre los empleados de Dorianos. No quieren hacer nada sin nuestro consenso.

—Se están moviendo aprisa...

—Sí, eso parece... Me voy para allá. Procuraré tenerle informado de todo cambio que se produzca en la situación.

—Hágalo. Esta noche no saldré de casa.

Leslie Fitzalan nunca entraba, ni salía, en aquel edificio abiertamente. Lo hacía dentro de un vehículo de características del todo vulgares, salvo aquellas invisibles a un ojo de normal curiosidad. En un punto determinado a cierta distancia de la sede del *Intelligence Service*, cambiaba de vehículo y reaparecía, nunca a la vista de la gente, dentro de otro, que podía variar mucho la marca y el modelo, yendo siempre guiado ostensiblemente por otra persona. Luego, y siempre en rápida maniobra, abandonaba aquel vehículo y entraba en escena como el bien conocido *snoob* harto de aparecer en las revistas ilustradas. Naturalmente, aquélla sólo era una pequeñísima parte de sus múltiples cambios de situación, poseía una gama tan vasta como prácticamente imposible de detectar.

Cuando entró en New Scotland Yard iba, ostensiblemente, a denunciar un intento de agresión por parte de un grupo de gamberros melenudos, así tuvo a bien comunicárselo, con muchos aspavientos exquisitamente dosificados, a uno de los periodistas que andaban por allí husmeando el asunto Dorianos.

—Vergonzoso, sencillamente intolerable. Llegará un momento en que los caballeros y demás gente respetable de este país deberemos contratar mercenarios bien equipados para poder caminar tranquilos por la calle, como se hacía en plena Edad Media...

Siempre era una golosina para los periodistas, que incluso ahora no dejaron de anotar sus afirmaciones y sus quejas. Ninguno de ellos, desde luego, se imaginó su verdadero propósito.

Millian estaba esperándole en su despacho, junto con el superintendente Lawson. Ambos parecían satisfechos.

—Espero que no habrá tenido muchas dificultades con la prensa.

—Ninguna. Me conocen demasiado, saben muy bien que soy sólo un inofensivo payaso distinguido, tan trivial como una mariposa. He venido a denunciar la agresión de unos golfos melencidos y de paso a saludar a un par de altos jefes conocidos míos, entre los cuales no se encuentra usted. ¿Dónde están ese par de piezas? ¿Interesantes?

—Aún no estoy totalmente seguro. Se trata de un hombre y una mujer. Comenzaremos por quien usted prefiera.

—Naturalmente, por la mujer...

Era joven y agraciada, estaba asustada, pero algo la hacía mantenerse dura. Entró escoltada por dos hombres de la Criminal, y a una seca indicación de Gillian se sentó en una incómoda silla. No venía esposada, su brevísima minifalda dejaba al descubierto un par de rollizos y sugestivos muslos, apretó las rodillas y la boca, trenzó los dedos sobre el regazo y exigió un abogado, en el mejor estilo.

—Es una lástima que la gente vea tanta televisión —se quejó Gillian. Luego inició un interrogatorio sin contemplaciones.

—No hay *babeas corpus*, ni abogados, ni fianzas, en los casos de alta traición, señorita Warrens. Y éste es justo su caso. Créame, si es sensata contestará la pura verdad a nuestras preguntas y se ahorrará muchos problemas. De lo contrario, será formalmente acusada de espionaje, traición y complicidad en un asesinato. La pena puede ser de veinte años...

La señorita Warrens aguantó valerosamente media hora. Luego comenzó a resquebrajarse. Y terminó por desembuchar cuánto sabía.

—Les juro que soy inocente, que no podía imaginarme... El señor Dorianos era... bueno, uno de esos hombres que van tras las mujeres como perros detrás de un hueso...

CAPÍTULO V

Todo había salido bien. Ahora, las ropas que usara en su malhadada y trágica entrevista se encontraban, bien empaquetadas y atadas a un pedazo de hierro. —El mazo de un roñoso martillo encontrado entre las herramientas del cuarto del jardinero— con un hilo de *nylon*, entre el fango del Támesis. Nadie la vio echarlo entre una gabarra y el muelle, estaba segura. Nadie, tampoco, la iba a identificar con la misteriosa acompañante del peluquero...

—Una llamada para usted, señorita.

Leslie Stanford respingó ligeramente, porque casi acababa de entrar, apenas había tenido tiempo de llegar hasta el salón principal y enterarse de que sus padres y sus hermanos no estaban en casa. Desde luego, era ella la que normalmente no estaba en casa, tal vez fuera alguna de sus múltiples amistades.

—¿Dijo quién es?

La doncella era española, su inglés aún algo deficiente.

—Dijo ser el señor Hydepark. Como el parque, vamos...

Ahora sí que Leslie necesitó de toda su fuerza de voluntad para dominar la sacudida de sus nervios. Girando, para que la otra no advirtiera nada, le ordenó pasar allí la comunicación. No era posible, no... Y si lo era... sería horrible...

Lo era. Una voz suave, cínica, varonil. La voz de un inglés, sin lugar a dudas. Un hombre razonablemente educado.

—Sé que voy a darle un gran disgusto, señorita Stanford, y lo lamento de veras, pero, qué remedio...

Luego fue al grano.

—Sabemos que usted acompañaba a Dorianos esta mañana, en Hyde Park. No se moleste en negarlo, le diré todo lo que ocurrió y le reseñaré su atuendo. Por cierto, hizo bien en tirarlo al Támesis... Sí, naturalmente, estábamos cerca. La vigilamos muy de cerca...

Estaba atrapada... Leslie sentía ahora algo muy desagradable en

la boca del estómago y sudores fríos.

—¿Qué es lo que quieren? ¿Es usted uno de los asesinos?

—Tal vez... Debe tranquilizarse y ser muy discreta, le conviene. Imagínese el escándalo si se descubre su conexión con el asunto.

Luego, la orden, cortante en su suavidad.

—Nos veremos mañana a las diez, frente al Parlamento. Yo me acercaré a usted. Créame, sería de lo más desagradable para todos si se lanza ahora a realizar acciones poco premeditadas.

Estaba atrapada. Mientras colgaba despacio, Leslie sintió pánico, un pánico atroz. Ahora ya no se trataba sólo de sus padres, de la familia; era ella misma la implicada en un escandaloso asesinato que conmovía a toda la ciudad, a todo el país. Se creyó a salvo, pero le había durado bien poco aquel alivio. Sin duda la dejaron escapar adrede, para seguirla y averiguar su identidad, su domicilio. Otra vez objeto de chantaje... pero en este caso mucho peor, pues se trataba de asesinos.

Sólo existía una persona en el mundo que le mereciera suficiente confianza, a quien pudiera acudir. Sus hermanos eran demasiado jóvenes y atolondrados, su padre demasiado rígido y severo, aparte de que no se entendían; su madre la quería mucho, pero resultaba la persona menos indicada del mundo para ayudar a nadie con un problema así.

Volvió a coger el teléfono y marcó el número de aquella persona, rogando a Dios que estuviera en casa.

Estaba. Y su voz sedante fue un alivio.

—Necesito tu ayuda, tío Tom. He de verte enseguida...

Luego le contó lo que le acababa de suceder.

—Me lo han advertido, están vigilándome, no sé qué hacer...

—Si vinieras a mi casa tal vez sospecharían, no conviene darles motivo para que lleven a efecto sus amenazas. Evidentemente, el asunto se ha agravado... ¿Conoces el *grill* del Wellesley? Te espero dentro de veinte minutos y debes hacer como que nuestro encuentro es normal, dentro de tu agenda.

El Wellesley estaba en Theobalds Road, casi esquina a Southampton Row. Su *grill* era un lugar agradable, habitual punto de parada y caza para donjuanes maduros. El tío Tom había sabido elegir...

El honorable Thomas Elcott era hermanastro del padre de Leslie

y el «garbanzo negro» de la familia. Había sido un brillante miembro del servicio diplomático, pero el juego y las mujeres hermosas acabaron con tan promisorio carrera, hubo un escándalo y fue expulsado del Servicio, su esposa se divorció de él y tanto la familia como las amistades le condenaron al ostracismo. El caballero sufrió una fuerte crisis espiritual, luego lo tomó con mucha filosofía. Había viajado mucho, no volvió a casarse, vivía de forma muy discreta y no intentaba retornar a los antiguos pagos familiares y sociales. Leslie, que era en casi todo un miembro activo de la generación rebelde, no había oído hablar de él hasta tres años atrás. Entonces sintió curiosidad por conocer a su detestable tío, lo logró y lo encontró agradable, simpático y, ¿por qué no decirlo?, fascinante; que había llegado a ser su mejor amigo y confidente, todo ello aderezado por la salsa picante de la clandestinidad, puesto que su rígido padre, de haber descubierto que sostenía relaciones con el tío Thomas, a no dudarlo habría tomado muy desagradables y drásticas medidas para cortarlas. Por fortuna, Londres era inmenso y había en él infinitos lugares agradables donde no pusieron nunca los pies el almirante Stanford, su esposa y demás parientes.

El *grill* del Wellesley era uno de ellos. Antaño, ninguna mujer que se respetara socialmente habría puesto tampoco allí los suyos. Pero los tiempos habían cambiado mucho. Y Leslie era muy capaz de bandeárselas en cualquier lugar... o al menos eso creía.

—Me han invitado unos amigos —dijo a la doncella—. Diga a mamá que estaré de vuelta para la cena, pero acaso un poco tarde.

No quiso coger su pequeño coche particular, salió y tomó un taxi, que la condujo al Wellesley. Aquél sería el último lugar del mundo donde los asesinos pensarían que ella pudiera ir en busca de ayuda y consejo.

Estaba razonablemente lleno de gentes animosas y alegres, un ambiente entremezclado de bohemia y distinción.

A aquella hora, artistas, *snoobs*, intelectuales más o menos «comprometidos» y gentes así lo llenaban, intercambiando chismes, agudezas, epigramas malévolos e información de todo género, mientras trasegaban razonables cantidades de bebidas, tradicionales o mezcladas. El guirigay era muy británico, con todo, nadie alzaba demasiado la voz.

El tío de Leslie la estaba esperando, efectivamente. Era un cincuentón bien plantado y mejor vestido, uno de esos hombres que de inmediato producen la idea, en quien les ve, de la vida realmente buena, en todos sentidos. Su sonrisa cordial tenía el matiz justo, como su voz al saludarla y el cálido apretón de su mano, o el beso que le dio en la mejilla. Un encanto de hombre, el tío Thomas...

—Aquí hay tanto barullo que podremos hablar tranquilos sin que nadie, ningún espía, sospeche viéndonos.

Se había agenciado una mesa discreta, en un rincón, desde donde era fácil dominar con la vista el *grill* casi entero. Leslie pidió una tónica y encendió nerviosa un cigarrillo, luego contó a su tío punto por punto todos los acontecimientos de la tremenda jornada.

Él la escuchó muy atentamente, fumando y bebiendo de manera pausada mientras le daba la impresión de hallarse alerta a la gente que llenaba el local. A ella la había hecho sentar casi de espaldas al mismo, no del todo. Le hizo preguntas cortas, pero muy concretas, y finalmente dió su opinión.

—Creo que te han metido en una fea y sucia trampa, Leslie. Tal como me lo cuentas, ese peluquero sólo era el cebo de la camada, no fueron a por él sino a por ti.

—¿A por mí? Pero si yo... ¡Si yo no soy nadie!

—Eres la hija de tu padre. Y tu padre sí es alguien.

—¿Quiere decir...?

—Sabes que no tengo ningún motivo para querer a tu padre, y que si algo le sucede no me echaré a llorar. Pero a ti sí te quiero, mucho, y por ti, estoy dispuesto a hacer todo lo posible. ¿Has pensado en acudir a la policía?

—Pues... He pensado en muchas cosas...

—No lo hagas, no, al menos, hasta saber qué quieren de ti. Esa gente ha demostrado con creces su mucha peligrosidad, no vacilarán en matarte como imaginen que tratas de jugársela. Y no debes morir...

Desde luego, Leslie no sentía el menor deseo de morir a los diecinueve años. Escuchó atentamente los atinados consejos de su tío, diciéndose que él podía pensar mucho más fríamente. Sus palabras demostrábselo, el caballero intentaba, no sólo tranquilizarla, sino también aclararle las ideas. De modo que habían usado a Dorianos como cebo para colocarla en tal tesitura que se

viese forzada a obedecerles... ¿en qué?

El Wellesley era uno de los lugares donde solía verse a menudo al capitán Fitzalan. Nada raro, pues, que llegara a tomarse una copa. De hecho, uno de sus hombres estaba citado allí con él. No tenía mucho que contar.

—Dorianos solía traer aquí a sus conquistas. He logrado una lista de ocho nombres, pero no sé hasta qué punto puedan estar implicadas en el asunto. La policía también estuvo indagando...

Luego dijo algo como de pasada:

—Por cierto, he visto a su prima, la señorita Stanford. Acababa de llegar, parecía bastante nerviosa. Está con un caballero de edad mediana, al fondo del *grill*.

En el mundo ocurren cosas así. Leslie Fitzalan estaba perdidamente enamorado de Leslie Stanford. Pero que nadie se llame a equívocas sonrisas ante tal enunciación de realidades, puesto que todo el quid de la cuestión estribaba, como es bien sabido, en que el nombre propio Leslie, en el Reino Unido, sirve igual para hombres como para mujeres. Ellos eran primos algo lejanos y Leslie ignoraba que Leslie la quisiera tanto. Ella sólo sentía por su guapo y elegante primo una mezcla de irritación, complacencia, inquietud, suave desprecio y algo más que suave atracción.

Fue natural, pues, que Leslie Fitzalan sintiera curiosidad por conocer al caballero de edad mediana que se reunía en aquel sitio con su hermosa y amada prima. Cuando les vio, y lo reconoció, su sorpresa fue grande. Tanto, que no hizo por acercárseles, antes bien procuró no ser de ellos advertido.

Leslie no estaba para fijarse en nadie. Una vez hubo conseguido algo de alivio y los maduros consejos de su tío, decidió regresar a su casa, siguiendo la indicación del caballero. Éste, como era lógico, la acompañó a la calle y llamó un taxi para ella.

—Te llevaría a casa con mi coche, pero no conviene arriesgarse, podrían reconocerme y es ahora cuando menos te convienen las complicaciones. Me llamas en cuanto esa gente de otro paso. Y descuida, mañana estaré cerca, vigilante y listo para intervenir si noto algún peligro para tu seguridad.

Con tal certeza, Leslie sentíase bastante más animada. Sabiendo que su tío Thomas iba a estar a mano, al menos a distancia de grito,

iría mucho más tranquila a su entrevista con el asesino.

CAPÍTULO VI

El honorable Thomas Elcott quedó unos instantes en la acera viendo alejarse el taxi que transportaba a su sobrina. Tenía una expresión reconcentrada y no era para menos. Luego dio media vuelta y retornó al interior del Wellesley.

Fue entonces cuando tropezó con Leslie Fitzalan, que también era sobrino suyo.

Ser muy curioso es la primera condición que se exige a un agente del contraespionaje. También es requisito lógico en un enamorado. Por eso Leslie se hizo magníficamente el encontradizo con su tío.

—¡Caramba, pero si es el tío Thomas!

El caballero debía ir muy metido en sus pensamientos, porque al oírle reaccionó con sobresalto, de un modo casi, casi, asustado y, también, receloso. Sin embargo, aquello solo duró medio segundo escaso, dando paso a una actitud de reserva cortés.

—¿Soy su tío, realmente?

También ahora Leslie pareció desconcertado. Menos de una décima de segundo. Su sonrisa simpática se abrió más aún.

—Por todos los santos, tío Thomas, no digas que te has olvidado de tu sobrino Leslie Fitzalan.

—Muchacho, qué cabeza la mía... Pero ya sabes que soy un mal fisonomista, estaba distraído y así, al pronto... Además, hace años que no te veo, has cambiado un poco...

—Tú, en cambio, te conservas igual que hace cinco años. La verdad es que algunas veces me he preguntado por dónde andarías. Viajando a menudo, claro.

—¿Qué quieres que haga? Sigo en pleno ostracismo social. La verdad es que ya no me preocupa, el mundo es ancho y hermoso. Caramba con Leslie... Continúas en el ejército, claro. ¿Te ascendieron?

—Capitán.

—Magnífico. Harás carrera... ¿Hace mucho que estás aquí? No te he visto, estaba con una amiga a la que acabo de despedir.

—Yo casi acabo de llegar, vine a reunirme con una hermosa mujer cuyo marido la aburre mortalmente. Pero ya sabes, ellas siempre se retrasan.

—Entonces tal vez nos dé tiempo a tomar una copa. Me contarás qué es de tu vida, muchacho. Buen mozo estás hecho, todo un perfecto *gentleman*. Claro que te viene de casta...

Tomaron sus copas y charlaron un rato, luego Leslie se excusó.

—Algo ha debido sucederle a mi amiga. ¿Te importa si te dejo unos minutos? Voy a enterarme.

Volvió con cara de circunstancias poco después.

—Cambió de programa. Me espera en otro lugar, no se ha atrevido a venir aquí, temiendo ser reconocida. Las mujeres...

Leslie Stanford había encontrado a los suyos en casa, excepto su hermano Alan, que cenaba fuera. Procuró que nada le notasen, se cambió de ropas para la cena y mientras tanto se puso a rumiar sus problemas. Estaba a punto de salir de su alcoba cuando llegó su madre.

—Adivina quién acaba de llegar.

Leslie no pudo evitar un leve sobresalto. Estaba demasiado nerviosa.

—¿Quién?

—Leslie, tu primo.

—Vaya, era tan oportuno como siempre. Aquel irritante y exquisito *snoob* era justo lo que necesitaba para encalmar los nervios.

—¿Él? ¿Y qué quiere?

—Dice que pasaba y se le ocurrió subir a vernos. Bueno, es una excusa, sin duda viene por ti. ¿Hace mucho que no le ves?

—Un par de semanas. Se había ido a no sé dónde.

—Pues ahí le tienes, con tu padre y tu hermano. Date prisa en ir, le hemos invitado a cenar, pero dice que no puede quedarse.

Su madre estaba loca porque ella aceptara a su primo y homónimo como esposo. En ella resultaba lógico, porque Leslie Fitzalan era uno de los mejores «partidos» de las Islas. Su padre no podía tragar a aquel sobrino exquisito y petulante, aquel pavo real, como le llamaba agriamente; también resultaba lógico, dado el duro

y severo carácter del almirante. Por otro lado, no iba a oponerse a aquella boda... si algún día llegaba a celebrarse, de lo cual tenía muchas dudas por conocer bastante bien a su hija.

Ella, Leslie Stanford, «sabía» que jamás iba a casarse con su primo Fitzalan, no aunque se convirtiera en el único hombre del planeta. Detestaba cordialmente a aquel atildado maniquí, tan relamido como presuntuoso, no podía concebirse amando a un hombre así... aunque por otra parte él la atrajera de manera instintiva y, ciertamente, incómoda para su estabilidad emocional. Además, habían llegado a sus oídos chismes, historias, informes, que aureolaban a su primo con inquietantes cualidades. Si la mitad de lo que se murmuraba era cierto, aún se casaría menos con él. No deseaba a un donjuán desdeñoso y cruel para marido, tampoco a una bella estatua perfectamente poseída de su preciosidad.

De todos modos, cuando se paraba a reflexionar y era sincera consigo misma debía admitir que su primo Fitzalan era algo más que un Brummel vuelto de espaldas a las corrientes del progreso, un exquisito e insoportable *snob*. Había en él infinidad de detalles, cosas, muy agradables, que llamaban fuerte a su sensibilidad. Y él, desde luego, la trataba como un sir Galahad a su dama, cosa que a ella halagaba más que mucho, sobre todo en sociedad y haciendo rabiar a algunas de sus conocidas y amigas. Si no fuera tan...

Tan como era. Allí lo tenía, con su «pose» efectista. Adonis injertado en Narciso, sin afectarse por el ceño del almirante ni por la sorna latente en los ojos de su hermano Gerry, cuyos diecisiete años demoledores de mitos embotaban sus furias ante aquel primo excepcional por mor de una secreta admiración irrefrenada, llevando la conversación con su voz grave, viril, deformada por la cuidadosa afectación que imprimía a sus palabras. El mismo de siempre, fascinante y detestable.

Al verla, su sonrisa se ahondó y encalideció, más aún en sus ojos que en su boca. Leslie la sintió sobre sí como una caricia sibarítica. No era la primera vez. Aquella manera de mirarla le hacía sentir su mucha peligrosidad y también, a veces le provocaba el inquietante pensamiento de si su primo sería realmente lo que aparentaba y creían todos.

—Estás guapísima, como de costumbre. La más exquisita flor de las Islas y la de perfume más embriagador.

—No seas cursi, Les. ¿De dónde sales?

—Del infierno. Lugares donde no podía verte. Por eso me he apresurado a venir.

—Deberías casarte con él, Peaches. —Familiarmente la llamaban así desde niña, a causa de sus mejillas de entonces. Y en la voz de su hermano latía una ironía muy británica—. De esa forma se le agotarían todas las galanterías. Aunque tiene un vasto repertorio.

Siguió una conversación trivial, la única que con Leslie Fitzalan se podía seguir. Pero esta noche Leslie Stanford estaba muy nerviosa, inquieta y sobre sí, no tardó en advertir que su primo traía un objetivo. Y cuando notó que maniobraba para llevársela aparte se puso en guardia.

Él ya había notado su estado de tensión latente detrás de su máscara de sonrisas y palabras triviales, y la estaba escrutando atentamente con la mirada, tomando buena nota de cada gesto suyo, o reacción. Fue por eso que la atacó de improviso.

—Esta tarde te he visto en Wellesley. Y me llevé una buena sorpresa al reconocer a tu acompañante.

Ella se había sobresaltado sin poderlo evitar, su agitación fue visible.

—¿Estabas allí?

—Con un amigo. No quise molestaros. ¿Desde cuándo eres tan amiga del muy abominado tío Tom?

—¡Calla, por favor! Si papá llegara a enterarse sería horrible...

—Por eso no hablo alto, ya sé lo que tu padre piensa de su medio hermano. Y la verdad es que no es él solo.

—¡No tienen ningún derecho! El tío Tom es un hombre magnífico...

—¿De veras? Caramba, es toda una noticia.

—¡No te burles! No le conoces, por eso hablas así.

—Y tú le conoces por lo visto muy bien.

—¡No tengo por qué darte explicaciones...! Les, por favor, no digas que nos viste, te lo ruego.

—Sabes muy bien que no revelaré tus secretos, mi querida prima. No necesitas ponerte tan nerviosa. Sin embargo, permíteme recordarte que nuestro buen y magnífico tío Tom fue expulsado del Servicio Diplomático hace veinte años, antes que tú nacieras, por adulterio comprobado con la esposa de uno de sus colegas, entre

otras pequeñeces, como las de jugarse hasta las pestañas y sospecha de hacer chantaje a gentes influyentes para favorecer su propia carrera.

—¡Eso no se le pudo probar! Él me lo ha contado todo...

—Imagino que a su manera.

—También estás en su contra...

—Te equivocas. Tal vez sea uno de los pocos, entre sus parientes y amigos, que no le consideran un monstruo indigno hasta de una mirada compasiva. Es más, abrigo serias dudas acerca de que fuera en efecto culpable de todo lo que le achacaron, más bien opino que fue muy atolondrado y bastante ingenuo. Pero eso no basta para que deje de ponerte en guardia. Podría causarte muchos disgustos si se descubre tu gran amistad con él.

—Ya lo sé. Y eso no me arredra, ni me hará abandonarle. Le he tomado un gran cariño, sé que él también me lo tiene. Y que no es culpable de lo más vergonzoso que le achacaron...

Sin desearlo, su defensa se volvió vehemente. Al advertirlo, se asustó y refrenó aprisa. La alegraba descubrir que su primo no creía tan culpable al tío Thomas, pero desde luego no podía contarle todo lo que ella sabía ahora sobre el viejo e ingrato asunto. Ni a él, ni a nadie, el tío Thomas incluido...

Leslie Fitzalan permaneció en casa de sus parientes hasta casi la medianoche. Aunque había afirmado que no pensaba quedarse, aceptó hacerlo y cenar con ellos, más aún, luego prolongó la sobremesa, con disgusto de su tío, complacencia de su tía, una mezcla de ambas cosas de su prima...

Cuando por fin decidió marcharse, el almirante, que tenía sueño, dijo con malhumor:

—Ese botarate es cada día más insoportable.

—No debes decir eso, Douglas —le admonizó su esposa. Leslie Fitzalan era sobrino suyo, no del almirante—. Leslie es un muchacho encantador. Y tiene una sólida fortuna.

—Lo cual te hace soñar con que se convierta un día en tu yerno. Harás bien en olvidarlo, no me parece que a Peaches le complazca tal idea. ¿Me engaño, acaso?

Leslie dijo secamente que no había pensado en tal contingencia, se excusó con fatiga y sueño y les dejó solos. Bostezando el almirante gruñó de nuevo:

—Ya la ves. Su primo le resulta insoportable. Precisamente, esta noche se lo había resultado, pero no por las razones habituales, sino por otras. Leslie había estado demasiado atento a ella, su mirada era demasiado penetrante, demasiado cargada de preguntas; detrás de su sempiterna sonrisa suave, de sus galanterías alambicadas, de todo el normal despliegue de sus encantos personales, ella, Leslie, había entrevisto, por primera vez, otra cosa, otro Leslie Fitzalan. Un tigre muy bien enmascarado con la piel y las plumas del pavo real.

Y eso, de repente, le trajo una nueva faceta de inquietud a su actual estado de tensión.

CAPÍTULO VII

Muy reconcentrado aparecía Leslie Fitzalan cuando entró en su pequeño despacho personal del *Intelligence Service*, se sentó a la mesa de trabajo y tomó un rimero de informes puesto encima de ella. Pulsando un botón, ordenó con voz militar:

—Que venga Hagerson, con material de trabajo.

Luego se abstrajo en el examen de los últimos informes llegados de sus hombres y de la policía.

Poco después apareció un hombre aún joven, casi calvo, con lentes, de aspecto intelectual, portando un cartapacio de dibujo y un estuche de lápices. Fitzalan le habló con aquel tono de mando, tan distinto del en él habitual, pero también cortés:

—Prepare sus cosas. Tome este retrato. —«Robot», va a retocarlo de acuerdo con mis instrucciones.

Cargó la pipa mientras el otro completaba sus preparativos, la encendió y comenzó a hablar:

—Trace primero el contorno del rostro y póngale una melena más larga, unos tres centímetros... Las cejas menos perfiladas, quítele los lentes. La boca menos dura, algo más abultada... Afine la nariz, respínguela ligeramente, pero muy poco... La barbilla más suave, también más corta... No tan altos los pómulos y algo más redondeados. Ahora, el color del cabello de una tonalidad de jerez añejo, con reflejos dorados... Démelo.

Contempló atentamente ambos retratos, el de la desconocida acompañante de Dorianos, y el que acababa de realizar su hombre siguiendo sus indicaciones. El de su prima Leslie...

—Gracias, Hagerson, nada más.

Al quedar solo, permaneció unos cinco minutos reflexionando, con la mirada fija en el par de retratos. Luego tomó un teléfono pintado de rojo y marcó un número, esperó un poco, luego habló:

—Aquí Fitzalan. Espero no haber interrumpido su sueño, señor.

Necesito saber inmediatamente si el almirante sir Gerald Stanford está relacionado con algún proyecto importante en la actualidad... Sí, mi tío... No, sólo es una intuición... De acuerdo, esperaré. No pienso moverme de aquí, a no ser que ocurra algo inesperado.

No sucedió. Media hora después, aquel teléfono sonó y el brigadier Maldoon le transmitió la información solicitada. Una que explicaba muchas cosas... dejando muchas más en la oscuridad y levantando aún más, y mayores, incógnitas.

Pero ya Leslie Fitzalan tenía el cabo de la madeja. Mejor dicho, tenía la madeja pero no el cabo. Se puso a dar órdenes y poco después varios especialistas de primera clase se encontraban ante él, en su despacho.

—Brackett, hay que controlar todos los teléfonos del domicilio del almirante sir Gerald Stanford inmediatamente, ponga manos a la obra. Todas las conversaciones serán grabadas y retransmitidas aquí automáticamente. Sholto, usted montará un servicio constante de vigilancia alrededor de esa vivienda. Me interesa muy especialmente, casi en exclusiva, la señora Stanford. Ésta es su fotografía, muéstrela a sus hombres y que no se descuiden...

Luego que hubo tomado todas sus medidas, marchóse a descansar, que no a dormir. Porque ahora sabía que su amada hallábase metida en un buen lío, corriendo un evidente peligro, además.

Leslie Stanford estaba pensando lo mismo y por lo mismo no pegó ojo tampoco en toda la noche, consiguiéndose un hermoso dolor de cabeza que una ducha fría y dos tabletas de analgésico apenas pudieron paliar. Por su suerte, no le notaron nada los suyos, en realidad no demasiado observadores. Estaba pendiente del reloj, media hora antes de la marcada para su cita con el asesino de Dorianos salió de su casa. Y estaba tan nerviosa que no se atrevió a conducir su propio coche. Antes de tomar un taxi, en el cercano puesto de periódicos adquirió un par de ellos, buscando aprisa noticias sobre el crimen.

Había muchas, y ninguna buena para ella. Al parecer, la policía andaba especialmente tras el rastro de la desconocida acompañante del peluquero asesinado. Los periodistas hacían cébalas sobre su identidad, afirmaban que era ella la clave de todo, se mencionaban las aficiones tenoríescas de Dorianos...

No pudo imaginarse que el taxi al que subió iba conducido por un agente secreto. Tampoco que su propio primo Leslie Fitzalan salía en aquellos momentos velozmente del garaje especial del *Intelligence Service*, dentro de uno de sus discretos y potentes automóviles provistos de radioemisora. Sí, tenía la certeza de estar siendo espiada por los compañeros del hombre que la citó, los asesinos de Dorianos, y sus nervios hallábanse crispados, aunque los podía dominar. También llevaba la pistola en el bolso, por si acaso. Y contaba con la presencia de su tío en el lugar de la cita.

—A Parliament Square...

Dentro de su vehículo, Leslie Fitzalan tenía conectada la radioemisora. Y por ella recibía continua información.

—Ha cogido el taxi de Howard. Van por Tottenham Road... No parecen estar siguiéndola...

—No la pierdan de vista, ni descuiden las precauciones. Coocke, vamos directamente a Parliament Place.

El vehículo del *Intelligence Service* tenía mucha ventaja al taxi que llevaba a Leslie Stanford, llegó ante el Parlamento quince minutos antes de las diez.

—Dé vuelta despacio, como buscando donde estacionar.

Mientras así lo hacía el conductor, él, y su acompañante, así como el propio Leslie, escudriñaron atentamente todas las aceras, todos los lugares donde podían encontrarse aquéllos a quienes venía a buscar la muchacha. No hallaron nada anormal, ni descubrieron a ningún conocido.

Pero cinco minutos después, Leslie Fitzalan vio llegar un automóvil del que se apearon dos hombres, uno de los cuales, tras breve intercambio de palabras, cruzó hacia la acera del Parlamento, mientras el otro retornaba al interior del automóvil, quedándose allí. Una profunda arruga se marcó en la frente de Fitzalan... Luego ordenó con seca voz de mando:

—Henley, fíjese en la acera, a la derecha de la Torre.

Un hombre alto, con un completo gris y una cartera de negocios. ¿Qué hace?

Con pequeños y potentes prismáticos, el aludido siguió sus indicaciones. De tal modo estaban estacionados que no podía distinguirse lo que hacían ellos desde el lado opuesto de la calzada.

—Parece esperar a alguien, pasea. Ha mirado al Big Ben.

—Es nuestro hombre. Baje y procure ponérsele cerca. En cuanto lo haga conecte el «chivato». Briggs, usted se va a acercar a aquel «Austin» azul, el tercero desde la cabina telefónica. Dentro hay un hombre. Fotografielo sin que lo advierta. Después cruza la calle y fotografía también al que espera a la señorita Stanford, ya sabe cómo hacerlo.

Tenía plena confianza en aquellos agentes, que llevaban años trabajando directamente a sus órdenes en casos especiales. Henley iba provisto de una maravilla de la electrónica, un aparatito capaz de captar, y grabar con nitidez, una conversación sostenida por dos personas a cien metros de distancia en medio de una calle transitada, con sólo que una de aquellas personas llevara determinado artificio, muy diminuto, encima. Sin saberlo, Leslie Stanford llevaría uno de tales artificios, maravillosamente camuflado en una moneda de cinco peniques que iba a recibir en el cambio cuando abonara al taxista la carrera. Por si fallaba aquello, ya le habían metido otra moneda idéntica al darle el cambio de los periódicos.

La cámara fotográfica también era muy ingeniosa. Sencillamente, el verdadero objetivo se encontraba a la izquierda del aparato colocado al frente. Bastaba con que el presunto turista o provinciano de vacaciones se colocara a la derecha de lo que deseaba realmente fotografiar, sin mirar en tal dirección ni una sola vez, para realizar tranquilo la tarea sin despertar sospechas. Y en eso, el agente Briggs, con su aspecto de hortera, resultaba un maestro.

Había más, muchas más artimañas. Mientras aguardaba la llegada de su prima, Leslie Fitzalan impartió rápidas órdenes que acercaron a todo el ámbito de Parliament Square a los miembros de su comando de agentes secretos, magníficamente equipados. Instantes antes de que apareciera el taxi con la muchacha, dos hombres provistos de rifles especiales, que disparaban dardos paralizantes como los usados en las reservas de salvajina para capturar vivos a los grandes animales feroces, tomaron posiciones estratégicas dominando la acera del Parlamento. Otros hombres, con cámaras provistas de teleobjetivos, hicieron lo mismo. La trampa estaba tendida, la función podía comenzar. Y sólo Leslie Fitzalan sabía cuán importante era aquella función.

Leslie Stanford sólo tenía barruntos. Y mucha excitación nerviosa, pues por primera vez en su joven existencia iba a entrevistarse con un asesino. Todo lo leído y visto acerca de agentes secretos, asesinos, chantajistas y demás fauna peligrosa se le acababa de plasmar en virulentas realidades, era ella quien lo vivía. Y francamente, no resultaba nada agradable.

—Pare ahí delante, por favor.

Ni advirtió que le entregaban aquel otro «chivato» disfrazado de moneda, no podía imaginar que el taxista fuese un agente secreto. Descubrió, eso sí, al automóvil de su tío Thomas estacionado al lado opuesto de la calzada y estuvo a punto de hacerle una seña. Recordando que estaba siendo vigilada de cerca por los asesinos, se contuvo con esfuerzo y echó a andar, preguntándose quién de todos aquellos transeúntes sería el enemigo.

El hombre del traje gris la dejó dar tres paseos nerviosos, mientras por su parte atendía cualquier señal de peligro. No dio importancia al tipo de aspecto vulgar, joven, que se había puesto a leer el *Times* con la espalda contra la barandilla, a cierta distancia, hacía unos minutos, mientras miraba de vez en cuando a su reloj, sin duda esperando a alguien, ni tampoco se la dio al otro, con aspecto de empleado endomingado, que andaba haciendo fotografías del edificio del Parlamento. Abundaban demasiado los turistas...

Finalmente se acercó por la espalda a la nerviosa joven, interpellándola cuando ella comenzaba a volverse:

—Hola, señorita Stanford.

Leslie respingó, casi se le escapó un grito, luego respiró hondo y dominó sus nervios con esfuerzo. Allí lo tenía...

—Tranquilícese, no tiene razones para temer, mientras sea sensata y dócil.

—¿Qué... desea de mí?

—Sólo sostener una amigable conversación, enseñarle algo y solicitarle una pequeña ayuda en determinada tarea. Muy poca cosa, créame.

—¿Y si me niego? Ustedes asesinaron al peluquero...

—¿Lo puede usted probar? ¿Acaso nos vio?

—No, pero... ¡Tuvieron que hacerlo usted y otro, la policía...!

—La policía sólo sabe que a Peter Dorianos le pegaron dos tiros

con arma de las mismas características, nada más. Bueno, saben, y viene en todos los periódicos, usted lo habrá leído ya sin duda, y escuchado en la televisión, que al muerto lo acompañaba una mujer, la cual está siendo muy buscada. Suponga que alguien les indica, confidencialmente, que investiguen los movimientos de una determinada doncella muy guapa y notoria excelente tiradora de arma corta, perteneciente a la mejor sociedad. ¿Qué cree usted que iba a suceder?

Leslie sabía muy bien lo que iba a suceder en un caso así. Suspirando, cedió:

—De acuerdo, dígame qué pretenden de mí...

CAPÍTULO VIII

Ahora estaban parados, como una vulgar pareja de amigos, casi en la esquina. El individuo aquel ofreció tabaco a Leslie, que lo rechazó sacando del suyo. Con burlón encogimiento de hombros, él prendió un cigarrillo, luego habló suave, dominador:

—Ante todo, le diré que conocemos perfectamente el móvil que la llevó a entrevistarse ayer con Dorianos en el parque, disfrazada. No ponga esa cara de pánico, somos muy discretos cuando nos conviene.

Leslie estaba anonadada. Si aquella gente sabía... «aquello», la tenían sujeta por el cuello. Trató de mantener la serenidad y contraatacó, sin gran fortuna en lo de mantener la voz serena y agresiva:

—No sé de qué me habla. Dorianos y yo nos citamos para...

—Hablar de negocios. Él la había amenazado con mandar a los periódicos la verdadera historia de su nacimiento, dando el nombre de su verdadero padre y, también, relatando lo que ocurrió por aquel entonces en la familia. Le había demostrado que poseía pruebas suficientes para provocar un escándalo que iba a destruir la reputación de sus padres oficiales y la carrera del almirante Stanford. A cambio de su silencio, y de entregarle todas aquellas pruebas en su poder, exigía que usted se convirtiera en su amante. ¿Me engaño en algo?

Incapaz de hablar, Leslie se limitó a un abatido gesto de cabeza. Su interlocutor prosiguió, con el mismo insolente tono de dominio burlón:

—Debería estarnos agradecida porque la libramos de ese pequeño granuja y sus demandas. Es posible que sea lo bastante ingenua para haber creído que él le cumpliría su palabra una vez accediera a sus deseos, pero la realidad era muy otra.

—¿Qué quiere decir?

—Dorianos trabajaba para nosotros. Había sido un buen elemento, a pesar de sus fallos y debilidades, por eso se ganó hasta cierto punto la confianza de nuestros jefes. Eso le permitió conocer secretos demasiado grandes para él, se infló como un pavo, se creyó mucho más grande de lo que era, se le llenó el cerebro de ambiciones sin base y acabó convirtiéndose en un sucio traidor. En pocas palabras, creyó que podría operar por su cuenta.

—No... comprendo...

—Se lo explicaré. Había sido encargado de conseguir esas pruebas contra sus padres, cuando las obtuvo pensó utilizarlas en su propio provecho, logrando mediante ellas primero los favores amorosos de usted, luego su complicidad. Pero descubrimos su juego muy pronto y decidimos darle su merecido. Ahora esté donde debe estar, y nosotros también.

—¿Qué son ustedes...?

—Ya debe haberlo comprendido. Formamos una organización dedicada, digamos, a explotar negocios lucrativos y un tanto arriesgados, que no pueden declararse públicamente.

—¿Espías...?

—Es una anticuada denominación, pero vale. Bien, vamos al grano. Está en nuestras manos, señorita Stanford. Podemos hacerle todo el daño del mundo, también a su familia... y podemos dejarles para siempre en paz. De usted depende en exclusiva nuestro comportamiento. Tome, eche una ojeada a estas fotografías.

Las había sacado de su portafolios, en un sobre que le tendió con naturalidad. Apenas sacó la primera, y la miró, Leslie pegó un sobresaltado, incrédulo, indignado, respingo.

—¿Qué... qué significa esto?

—Ya lo está viendo. No me negará que es una excelente ampliación.

—¡Es una indigna falsificación!

—¿Puede probarlo?

—¡Usted sabe que yo no... no hice eso...!

—Sí. Pero no pretenderá que me presente a declarar a su favor. Y en cuanto a los negativos de estas fotografías, créame, han sido tomados por un especialista, los de la policía no podrán, si son presentados en un juicio, impugnarlos como falsificaciones; máxime cuando todas las restantes pruebas estarán contra usted.

Aquello era horrible, espeluznante... Mientras con manos temblonas iba extrayendo y examinando aquellas malditas fotografías, Leslie se dijo, horrorizada, que aquellos asesinos, aquellos espías, aún la tenían más atrapada de lo que pudo imaginarse. Aquello superaba a todo lo que la peor desbocada fantasía pudiera imaginarse...

Concretamente en aquellas fotografías se la veía acariciando amorosamente a Dorianos, soportando y correspondiendo a sus caricias en una vergonzosa postura; se la veía sacando con una mano una magnífica pistola provista de silenciador de un bolso que, desde luego, era idéntico al que llevó ella a la entrevista, empujando a Dorianos con una mano y disparándole a la sien con una expresión decidida y cruel. Se la veía acomodar al muerto sobre el volante, en la postura que según los periódicos había sido encontrado, también, fuera del coche, dispararle fríamente a la espalda, desde corta distancia...

También había tres fotografías mostrándola saliendo del vehículo, y huyendo por el bosque. Y aquéllas sí le habían sido tomadas a ella, estaba segura por una serie de detalles.

—Ha sido una tarea muy concienzuda, realizada por especialistas. —Rebosaba mordacidad, ironía, la voz de su interlocutor—. Yo me encontraba con mi cámara en lugar adecuado, tomé la secuencia de su fuga de allí. Más tarde, la seguimos cuando marchó a tirar sus ropas al Támesis y uno de nosotros bajó a recuperarlas, fueron secadas, una mujer de parecidas características físicas a las tuyas se las vistió, colocándose la peluca del mismo modo que usted, y fue maquillada exactamente igual. Esta mañana, temprano, haciéndonos pasar por periodistas gráficos, hemos rehecho la supuesta secuencia del asesinato a nuestro gusto. Lo cierto es que no tuvimos dificultades, no había sino un estólido agente muy fácil de convencer.

—¡Pero él recordará...!

—Lo dudo mucho. Poco después sufrió un lamentable accidente fortuito, se ha desnucado.

—Oh...

—Domíñese, somos un par de buenos amigos examinando unas fotografías. Como le digo, todo ha sido cuidadosamente ejecutado. Las ropas de usted, y su peluca, ya están en el mismo punto donde

las echó. Si fuese tan tonta como para negarse a cooperar con nosotros, o la asaltaran intenciones de acudir a la policía, le diré lo que automáticamente iba a suceder. Enviaríamos estas fotografías a la prensa y la policía, indicaríamos dónde echó las ropas al río, contaríamos nuestra versión de lo ocurrido y dejaríamos que todo siguiera su curso. ¿Cuánto tiempo cree que podría sostenerle, señorita Stanford, una vez se aireara el motivo por el cual una muchacha como usted podría desear, y ejecutar, la muerte de un tipo como Dorianos?

Estaba atrapada. Completamente a merced de aquellos espías asesinos...

—¿Qué es lo que desean de mí, para qué todo esto...?

—Se lo diremos a su debido tiempo. Ahora vamos a dejarle alguno para que se serene y reflexione. No deseamos causarle ningún daño, lo que tendrá que hacer será una cosa muy pequeña, casi ridícula. Una vez haya ejecutado nuestras órdenes y nos hayamos convencido de su honestidad en el trato, no sólo recibirá los negativos, sino que por nuestra parte nada le ocurrirá. Por la sencilla *razón* de que habrá dejado de sernos útil y no nos interesa provocar escándalos innecesarios.

—Pero... ¿qué es lo que...?

—Tranquila. Lo sabrá a su debido tiempo. Me voy a mantener en contacto con usted, eso sí, cuando reciba mi llamada actúe siguiendo mis instrucciones al pie de la letra. Ahora la voy a dejar, le recomiendo que realice su vida habitual. Estaremos, se lo repito, constantemente sobre usted, aunque no podrá descubrimos y no debe intentarlo. Todo muy sencillo, señorita Stanford. Coopere dócilmente y dentro de pocos días se verá tan libre de problemas que pensará todo ha sido una pesadilla. Cometa el error de creerse más lista que nosotros, y lo va a sentir todo el resto de su vida...

Así de sencillo. Así podían ocurrir tales cosas a media mañana de un luminoso día, en la mismísima acera del Parlamento, en pleno Londres, mientras alrededor pasaban vehículos conduciendo a gentes vulgares ocupadas en asuntos vulgares, y por la misma acera, casi rozándoles, circulaban, indiferentes, los ciudadanos. Sí, sin duda era una pesadilla... pero una muy real, atrozmente real.

Lo pensó, y otras muchas cosas, Leslie Stanford mientras miraba alejarse tranquilamente por la acera al asesino... porque estaba

segura de que era el asesino, llamar a un taxi vacío, y antes de entrar en él volverse a mirarla, haciéndole un burlón saludo con la mano. Y le ocurría a ella, a ella... una cosa así...

Apenas el taxi hubo desaparecido se echó adelante, en ciego impulso, a cruzar la calzada y acercarse al coche de su tío Thomas. Pero de repente se acordó del aviso del asesino, refrenóse, dio media vuelta y caminó, veloz, por la acera, alejándose de allí.

El agente Henley avanzó sin ninguna prisa y fue a detenerse justo donde ellos estuvieron conversando. Daba la exacta impresión del tipo cachazudo esperando a una mujer impuntual, volvió a desplegar su periódico... pero entre sus pies y el muro quedaban las colillas de los dos cigarrillos encendidos por el asesino; y con gran habilidad, las apagó del todo.

El agente Briggs ya iba, dentro de otro taxi, el mismo que trajera a Leslie Stanford, detrás del asesino, al alimón con un coche del Servicio.

El tío Thomas sacó el suyo a la calzada cinco minutos después de haber desaparecido su sobrina, alejándose en opuesta dirección. Otros dos vehículos del *Intelligence Service* se lanzaron tras él.

Ahora, Leslie Fitzalan tenía una expresión reconcentrada, intensa, mientras fumaba su pipa, repantigado, en el asiento trasero de su automóvil, cuyo volante había tomado de nuevo el agente Briggs.

—Listos, Briggs. Dé la vuelta y recojamos a Henley.

Éste había recogido, y guardado en un pequeño sobre, las dos colillas tiradas por el asesino, sin que nadie pareciera notar su rara acción. Estaba en el borde de la acera cuando llegó el coche, entró aprisa en él e informó:

—No creo que ese individuo, ni el otro que vigilaba, hayan sospechado de mí. He recogido dos colillas fumadas por él mientras hablaba con la señorita Stanford. En cuanto a la grabación, ha sido perfecta.

—Eso espero. Aprisa, a la central.

El brigadier Maldoon estaba esperándoles. También había noticias.

—El que entrevistó a su prima dejó el taxi en Trafalgar Square y se metió en una cafetería. En cuanto al señor Elcott, no ha intentado reunirse con su sobrina, siguió hasta un *pub* elegante de Pall Mall y

ha entrado a tomarse una copa. Nuestros hombres siguen vigilándoles.

—Que lleven esas fotografías al Departamento de Fichas, en cuanto las revelen, envíen copias a New Scotland Yard para que las cotejen en sus ficheros. Las colillas, a Huellas, necesito resultados prácticos. Veamos lo que hay en esa grabación...

Colocaron cuidadosamente la microcinta en un aparato especial, provisto de un sensible y potente amplificador. Y al poco, las voces de Leslie Stanford y su interlocutor surgieron con absoluta nitidez sobre un leve fondo de ruidos callejeros.

Cuando la grabación hubo concluido, el general miró a Fitzalan, que parecía más serio que otra cosa.

—Le felicito, capitán. Su corazonada ha resultado exacta.

—Sí. Ahora sabemos que todo ese tinglado lo han levantado exclusivamente para atrapar en sus redes a Leslie Stanford y convencerla de que debe ayudarles. Sin duda aguardan a tener la certeza de que los planos del «Argos» son entregados a mi tío Stanford para que los examine y les dé el visto bueno como presidente de la junta de Almirantes. Entonces le pedirán a su hija que les facilite la entrada en la casa y el medio de llegar hasta os planos, para fotografiarlos. Con la ayuda de ella resultará una tarea facilísima para uno o dos profesionales... Pero hay algo que no termino de comprender. ¿A qué se estarán refiriendo, él y mi prima, al mencionar algo altamente desagradable en el pasado de mis tíos, hace veinte años?

—¿No tiene ninguna sospecha?

—Ninguna, en absoluto. Usted conoce a mi tío Gerald, es intachable como un Cromwell... Y de la buena y tonta tía Winnie no hay modo de sospechar nada inconfesable, de haber algo ella misma habría...

Se calló, de golpe. Y cuando el general le instó a completar su pensamiento se salió por la tangente.

—Más adelante. Ahora tengo algo urgente que realizar.

CAPÍTULO IX

La última persona que esperaba encontrarse sin duda el honorable Thomas Elcott en aquellos momentos, y probablemente la más fastidiosa también, apareció ante sus ojos justo cuando se disponía a abandonar el *pub*. Pero no se pudo zafar de él.

—¡Vaya, ésta sí es buena! Curiosa coincidencia, tío Tom. Varios años sin vernos y en pocas horas nos encontramos dos veces... ¿Ya te marchabas? No sin aceptarme una copa de jerez, desde luego.

El señor Elcott tenía una expresión disgustada, que a duras penas contenía la buena educación, pero su voz sonó seca al excusarse:

—Lo siento, Leslie, pero llevo prisa. Tengo una cita.

—¿Con una dama? Siempre llegan tarde, es bien sabido. Nada, nada, un jerez anima mucho en estas lides.

Con su gárrula charla consiguió que su tío aceptara de mala gana tomarse el jerez. De todos modos, el caballero se escabulló enseguida. Cuando el camarero trató de retirar el servicio, Leslie se lo impidió con suave sonrisa y un ademán de lo más *snob*.

—Déjelo aquí.

Luego, cuidadosamente, sacó un pañuelo impoluto, lo desplegó, tomó con delicadeza la copa por el pie y vació el resto del vino hasta la última gota, dejándola boca abajo. Finalmente envolvió la copa en el pañuelo ante le mirada de asombro del barman y le dijo, sonriente:

—Es una de mis manías, colecciono copas de jerez Póngame ésta en mi cuenta, por favor.

Leslie Stanford sólo estaba coleccionando ahora disgustos y sobresaltos en cadena. Siguiendo lo concertado con su tío fue a meterse en unos almacenes céntricos visitó una zapatería de lujo y un par de tiendas más, haciendo ver que obedecía las instrucciones del asesino Finalmente se encaminó a determinada cafetería

céntrica pero algo recoleta, ocupó un velador y, por pedir algo pidió un té. Luego se puso a quemar tabaco nerviosamente.

Su tío llegó diez minutos más tarde, con expresión atenta y preocupada.

—Me vi demorado a última hora por un estúpido inoportuno — se excusó—. ¿Has notado que te seguían?

—No. ¿Y usted?

—Vi a un par de tipos sospechosos pendientes de vosotros mientras te entrevistabas con ese hombre, pero no creo que ellos se fijaran en mí. Marcharon tras de ti, uno a pie, otro en coche. Pero no les he visto al entrar y no están aquí dentro tampoco. De todos modos no debemos confiarnos. ¿Qué te querían? Vi cómo te mostraba esas fotos.

—Unas horribles fotos amañadas diabólicamente...

Contó a su tío la endiablada trampa en que la habían atrapado y lo que ya sabía de ellos. El caballero la escuchaba con suma atención.

—Parece una fantasía de espías y ladrones...

—Pero no es ninguna fantasía. Me necesitan para algo, que aún ignoro, me tienen bien cogida, si no obedezco lo que me pidan sé que cumplirán sus amenazas. ¿Qué puedo hacer, tío, qué?

Estaba muy asustada. Cuando él le cogió una mano, comenzando a acariciársela, se habría echado a llorar contra su hombro. Porque él era... era... y no se lo podía decir, no se atrevería jamás a revelarle que ya conocía la tremenda verdad, que él era... y no el que siempre había creído...

—Vamos, vamos, cálmate. Estás asustada y es lógico, pero creo que no corres ningún peligro personal, en eso ha debido ser sincero ese individuo.

—¿Usted cree?

—Sí. Tengo cierta idea de los métodos de esa gente. Andan detrás de algo que mucho les importa, y al parecer tú eres la llave para conseguirlo. Sospecho que se debe tratar de algún documento, o planos militares, algo así que está, o va a estar, en poder de tu padre.

Su padre... El duro, el rígido, el severo almirante Stanford... Aquel hombre no era su padre, ahora lo sabía, ahora comprendía, también, por qué nunca pudo amarlo como se debe amar a un

padre. Sólo que...

Ella se consideraba una muchacha moderna, de avanzadas ideas en todo. Sin embargo, ahora, ante aquel problema personalismo tan brutalmente revelado por Dorianos, descubriría que, en pura verdad, no se diferenciaba gran cosa de cualquier romántica damita de los tiempos de la reina Victoria. Que alguien fuera hijo natural, incluso adulterino, le había parecido tan normal, aunque no agradable socialmente, como que se hubiera legalizado en el país la unión homosexual. Todo muy civilizado, muy natural, muy limpio de hipocresías.

Sí, sí... Ahora era ella la hija natural, o mejor dicho, adulterina, casi, casi, incestuosa. Porque no era la hija del legítimo marido de su madre, sino del hermanastro de su padre oficial. Y su padre, su verdadero padre, cargó heroicamente con una serie de imputaciones lesivas de su honor, se vio despreciado por sus iguales, expulsado de la sociedad a que pertenecía por derecho de nacimiento, siendo inocente de los cargos que se le imputaban, tan sólo para salvaguardar del escándalo a la mujer amada y la hijita... ¡jella. Señor...!, la hija de su amor adúltero con su propia cuñada. Todo un melodramón Victoriano.

A Leslie se le subía muy cuesta arriba imaginarse a su madre como una Francesca de Rímini, una mujer capaz de despertar volcánicas pasiones. Pero tal vez veinte años atrás sí lo fuera y el matrimonio la volvió tal y como ella la conocía, con lo cual quedaban probados sus nefandos resultados. Desde luego, con un marido como su... como el almirante Stanford, casi todo quedaba justificado. Y su tío... su padre natural, era sin lugar a dudas un hombre maravilloso, veinte años atrás debió resultar irresistible.

Y ahora alguien, una gavilla de espías y asesinos, habían descubierto el viejo, terrible secreto, amenazaban con airearlo, con hundir a toda la familia en el escándalo y el deshonor, si ella no les ayudaba... ¿a qué? ¿A robar unos documentos importantes en manos de su... del almirante? Era fantástico, una historia sin pies ni cabeza. ¿Cómo iba ella a poder ayudarles?

—Tendrás que hacerlo. Probablemente no tratarán de llevárselos, esa gente utiliza métodos más sutiles hoy día. Los micro fotografiarán, o algo por el estilo, dejándolos en su sitio. Como nadie va a sospechar de mi hermano, menos podrán recelar de ti.

—¿Entonces, me aconseja que acceda?

—Tenemos suficientes pruebas de lo que son capaces de hacer. Sí, lo más sensato será que obedezcas sus ordene, si sólo te piden eso.

—Pero ¿y si no cumplen su palabra? Los espías nunca sueltan a uno...

—En las películas y las novelas. En la vida real no son tan torpes. A gentes como tú y yo nos utilizan sólo una vez, eso sí, cuidadosamente y a fondo, pero después nos dejan en paz. Compréndelo, saben que no estamos entrenados y que a la larga podemos resultarles más perjudiciales que beneficiosos. Nada van a ganar deshonrando a tu padre, antes bien les conviene que no sospechen de él.

Tenía la voz dulce, sedante, convincente. Y la acariciaba como... como lo que realmente era, su padre verdadero. Leslie estaba sintiendo una fuerte congoja, un ansia imperiosa de explotar, diciéndole que ya sabía...

No lo hizo. Su verdadero padre había cargado sobre sí un tremendo estigma veinte años atrás gallardamente, sin duda deseaba permanecer anónimo para ella como progenitor, que viviera tranquila y feliz, sin problemas de tal índole. Lo menos que ella podía hacer, para corresponder a su sacrificio, era callar, dejarle creer que estaba en el limbo...

Leslie Fitzalan no estaba en el limbo. Muy al contrario, se movía como una liebre perseguida, una actividad poco usual en él.

—Que me saquen inmediatamente las huellas de esta copa. Busquen en Fichas la de Thomas Henry Elcott. Si no tenemos nada suyo, que lo pidan a Scotland Yard, ellos sí la poseen.

—Tenemos ya las huellas del hombre que coaccionó a la señorita Stanford. Ha sido identificado, se trata de un tal James Budge, un delincuente profesional con un historial interesante. Le mandamos su *dossier*.

Era amplio. Con él en la mano, y tras estudiarlo, Leslie se encaminó al despacho de su jefe, el general.

—Un perfecto galimatías. El hombre que se entrevistó con mi prima es un conocido delincuente, sospechoso de atraco a mano armada, lesiones y homicidio, con tres condenas, una a doce años, por homicidio. Ha salido de presidio hace menos de dos años,

merced a una serie de rebajas en la condena. Un tipo así jamás sería contratado por un servicio de espionaje.

—¿Qué supone usted?

—Que estamos jugando al gato y al ratón. Y que se nos ha asignado el papel del gato de los dibujos animados.

—¿Una cortina de humo?

—Podría ser. Lo sabré mucho mejor dentro de poco, en cuanto ciertas huellas dactilares sean cotejadas con las de una vieja ficha. Ahora me voy a Scotland Yard. Parece ser que encontraron algo interesante.

El inspector Gillian no parecía demasiado satisfecho.

—Usted tenía razón, Fitzalan. ¿Cómo lo supo?

—Fue una corazonada. La cosa carecía de sentido, si se miraba bien. ¿Dónde estaban?

—Ocultos del modo más ingenioso posible. Micrófonos especiales, ultrasensibles, incrustados en los secadores de cabello y en las intersecciones de las mesas de masaje, también unos artilugios muy curiosos, que están examinando ahora nuestros especialistas. Nada de cables, ni conexiones, todo pura electrónica. En el piso superior, una estación selectora portátil, probablemente capaz de ser desmontada y metida en un par de maletas corrientes. Naturalmente ya no está allí.

—¿A quién pertenece, o quién tiene alquilado, ese piso?

—Se trata de una serie de oficinas privadas, pequeñas. La que nos interesa figura como agencia de importaciones varias, a nombre de un tal T. S. Morgan, ya estamos investigándolo. De hecho, allí no hay nada sospechoso, un mobiliario corriente de oficina, barato, un poco de material y nada más. Debieron limpiar concienzudamente esa oficina en previsión de que descubriéramos el tinglado, pero nuestros especialistas están trabajando allí también.

—Le enviaré a algunos de los míos.

—¿Han conseguido ustedes algo? Esa gente parece muy hábil y expeditiva.

—Lo es. Pero se han pasado de listos, aparte de que olvidaron que existe algo que se denomina azar. Si fuesen tan buenos jugadores como creen no lo habrían hecho. ¿Qué hay de ese empleado de Dorianos?

—Seguimos sus instrucciones, le estamos dando cuerda. Se

muestra muy seguro, no da pasos en falso. Ya le hemos identificado, está en el país bajo falsa identidad, los documentos que utiliza corresponden a un hombre fallecido en Francia hace tres años, en accidente de carretera. Desde luego, ambos se parecen físicamente, a no ser que éste se haya cambiado la cara mediante cirugía facial.

—¿Cómo ha dicho?

Sorprendido por la vivacidad de la pregunta, Gillian se lo dijo de nuevo:

—Cirugía facial. ¿Por qué...?

—Gillian, me descubro ante usted. Tiene ideas realmente geniales... —Ahora había una contenida nota de excitación en la voz de Leslie Fitzalan—. Con toda la sencillez de lo realmente genial...

CAPÍTULO X

Leslie no estaba precisamente de humor para cortejos galantes. De ahí que la nueva aparición de su brillante y magnífico primo Leslie provocárale una viva irritación. Él, sin embargo, no se dio por enterado.

—Eres la más adorable de todas las jóvenes de este país, querida. Tu belleza, un consuelo en este mundo absurdo y aburrido...

Luego le dijo algo que la hizo respingar:

—¿Qué tal andan tus relaciones con el anatematizado tío Tom?

—¿A qué viene esa pregunta? Convinimos...

—En que nada contaría a tus padres, pero no en que el tema iba a ser «tabú» en nuestras conversaciones. Sorprendente tío Tom, ¿verdad?

—¿A qué te refieres?

—Pues a él, es claro. Se asemeja a esos astros que sufren periódicos eclipses. Por ejemplo, la última vez que hablé con él, hace seis años largos, era un hombre amargado, repleto de rencores. Y ahora parece haber superado del todo la crisis, vuelve a ser un *bon viveur*, a frecuentar la compañía de mujeres hermosas... Curiosas, también, las mujeres, Peaches, ¿no lo sabías?

—¿Adónde vas a parar?

—Al éxito increíble de nuestro querido y mal afamado tío con ellas. Nada de mujeres vulgares, de extranjeras o algo así. Damas y damitas de nuestra mejor sociedad están pasando por sus brazos como los trenes por una estación del Metro...

—¡Eso es mentira!

—¿Y por qué te tenía que mentir? Me he enterado casi por casualidad. El Wellesley es uno de sus puntos favoritos, pero también cierto *pied a terre* que tiene en el mismo edificio dónde está, curioso, la peluquería de ese individuo al que mataron ayer en

Hyde Park. ¿Cómo se llama? Un italiano, o así, Damiano, Domini...

Ahora, Leslie Stanford estaba en vilo.

—¿Quién te ha contado ese chisme?

—Uno de los empleados del Wellesley. Estaba comentando la muerte del peluquero con una empleada y el nombre del tío Tom salió a relucir. Me encontraba cerca, por pura casualidad, me intrigó, sabes que soy razonablemente curioso, y gasté cinco libras muy a gusto en aumentar mi información sobre la vida y milagros del buen tío Tom. Si te digo unos cuantos nombres de sus visitantes en las habitaciones altas del Wellesley, y en ese *pied a terre*, te mueres de la impresión. ¿Te los digo?

Ahora, Leslie habría pasado sobre brasas para conocerlos. Y en efecto, eran nombres como para hacerla saltar. Si era verdad...

—Sabes que no soy un chismoso correveidile, Peaches. Te propongo una cosa. ¿Te gustan las historias de espionaje?

Otra vez la hizo respingar, y mirarlo con toda la suspicacia del mundo. Pero sólo encontró cálida simpatía, risueño cariño, en sus ojos. No podía ser, su primo Leslie Fitzalan era la última persona que podría imaginarse...

—Moderadamente. ¿Por qué me lo preguntas?

—Vamos a husmear un poquitín en la vida privada del tío.

—No tenemos ningún derecho.

—¿Y qué? ¿Acaso te has vuelto de golpe respetuosa con los derechos ajenos aun a costa de perderte una excitante aventurilla? Mucho parece haber cambiado últimamente, Peaches, antes eras más arrojada y menos escrupulosa.

Antes ella no sabía que su tío Thomas era su verdadero padre. Pero si lo que Leslie le contaba era cierto, algo comenzaba a tambalearse y crujir. Ella no podía quedarse quieta.

—¿Qué te propones, Les?

—Muy sencillo. Vamos a ejercer de espías, será divertido y excitante. Primero al Wellesley, luego a otros lugares que parece ser frecuente el tío Tom. Finalmente, a ese *pied a terre* suyo. No tiene por qué enterarse.

Era una granujada, casi una traición. Pero, también, de repente se había convertido en necesario. Aunque... ¿Y si los hombres que la espían advertían lo que estaba haciendo?

Quizá, en el fondo, resultara bueno para ella. Su primo Leslie era

demasiado notorio en Londres, nadie iba a ser tan loco como para imaginar que lo buscara como apoyo, consejero y aliado en el aprieto en que se encontraba. Leslie Fitzalan era magnífico para una velada de gala, pero para ir a la caza de espías...

—De acuerdo, tú ganas, me has picado la curiosidad. ¿Por dónde comenzamos?

Comenzaron por el Wellesley. Leslie Fitzalan tenía todo muy bien preparado y las gentes a quienes interrogaron, previo cambio de manos de algunos billetes en ciertos casos, concordaron en facilitar una serie de informes que sumieron a la muchacha en total desconcierto y le alzaron sombrías dudas.

—Este mundo es una gran caja de sorpresas, ya lo ves. ¿Seguimos rastreando a nuestro interesante tío Tom?

Un rastreo de lo más excitante, sin lugar a dudas. Al parecer, el honorable Thomas Elcott llevaba una vida de lo más ajetreada, en un muy concreto aspecto. Increíblemente ajetreada para un individuo de su edad.

—Demasiadas mujeres para un solo cincuentón, ¿no te parece, Peaches? ¿O tendremos por tío a Superarán?

—No es posible, tiene que ser una... una sarta de calumnias...

—Hasta ahora, no lo parecen. Bien, ¿qué tal si nos acercamos a ese *pied a terre*?

Encima mismo de la peluquería de Peter Dorianos... Y Peter Dorianos la hizo objeto de chantaje revelándole todo lo concerniente a su nacimiento y al comportamiento del hombre que hasta entonces había creído su padre... Ahora, la cabeza de Leslie Stanford le daba vueltas y más vueltas, sentía una intensa opresión cardíaca sin poderlo evitar.

El edificio era grande, hermoso y moderno. Cuatro plantas destinadas a negocios y oficinas, las dos superiores a viviendas, departamentos propiedad de gente muy distinguida.

—No vamos a poder entrar, de cualquier modo. Es una pérdida de tiempo.

—Esperemos que no. Pero ahora no se trata de entrar. Ya hablé con el conserje, es un hombre comprensivo que conoce y aprecia el valor de la libra esterlina. Permíteme un momento...

La dejó sola en la acera unos minutos. El lugar estaba concurrido, era muy céntrico, y todo era normal, las gentes, los

vehículos, el ambiente... Tan sólo ella podía captar, ahora, cuánto de irreal había en aquel cuadro. Porque en alguna parte, cerca, uno o más espías, asesinos, estaban vigilándola, preguntándose qué andaría haciendo con su guapo y atildado acompañante, informando lo que veían, acaso recibiendo instrucciones de atacarles y matarla...

Vio cómo su primo conversaba con el conserje. No podía saber que éste, antiguo suboficial de artillería, ya conocía la identidad de su interlocutor y simplemente estaba recibiendo instrucciones. Pero él también tenía algo que decir. Y era algo que desconcertó mucho a Leslie Fitzalan.

—¿Está seguro de eso?

—Completamente, señor. Llegó a las cinco y veinte, me saludó como de costumbre, recogió su correspondencia, subió y esperó. Diez minutos después llegó ella...

—Describámela.

—Alta, bien parecida, unos cuarenta años, tal vez algunos más. Elegante, algo nerviosa. Como estoy alerta, me fijé en dónde se detenía el ascensor. Pero además, me lo confirmó la empleada que limpia esa zona del edificio, me comentó con sorna que había entrado en el departamento del señor Elcott.

—¿Y aún están arriba?

—Sí.

—¿Dónde tiene el teléfono? Vigile mientras por si aparecen.

Entró donde le indicaba el conserje, marcó un número y esperó, con el ceño fruncido de intensa preocupación. Luego se puso a hablar seco, acerado:

—Fitzalan. ¿Qué novedades hay...? ¿Informe de los que marcan a Elcott...? ¿Seguro? Repítamelo...

Cuando colgó, la arruga de su frente era muy profunda. Sacó la pipa y el tabaco, cargó la primera y la encendió, todo maquinalmente, como rumiando algo inesperado que necesitaba encajar.

Leslie Stanford le vio llegar con su máscara de petulancia habitual.

—Andamos de suerte, el tío está arriba con una de sus conquistas. De modo que podemos cogerlo in fraganti.

—No pretenderás que subamos...

—No. Lo he arreglado con el conserje, nos vamos a ocultar en su cabina, así podremos verle cuando bajen, Claro que ella bajará primero, imagino. Hace un par de horas que subieron, no creo que tarden ya. Ven.

Era odioso... y por nada del mundo habría dejado de hacerlo. Siguió a su primo llena de encontradas emociones, apenas si paró mientes en el relato circunstanciado del conserje acerca de las muchas visitas femeninas al departamento de... de «él», se dejó llevar al interior de aquel cuarto como una autómatas y esperó, escuchando.

Luego quedaron solos. Leslie Fitzalan miraba a su prima fijamente, advirtiéndole su tribulación. Pero él mismo estaba bastante desconcertado ahora, su bien construida teoría se tambaleaba y amenazaba venirse abajo, forzándolo a replantearla desde el principio... cosa que nada le gustaba.

Al chistarles el conserje, se alertaron, ocultándose. Poco después el ascensor se abrió, dando paso a dos personas; el honorable Thomas Elcott y una dama de sobre cuarenta años, evidentemente distinguida, hermosa. El modo como él la cogió al salir del ascensor, llevándosela por delante del conserje a la calle, así como la actitud de ella, eliminaban toda posible duda.

Y Leslie Stanford estaba anonadada, de verdad. Porque aquella mujer era esposa de un lord y madre de una amiga suya, visita frecuente en su casa, mujer de conducta intachable, al menos que ella supiera, toda una gran señora.

Sin embargo, la cosa estaba bien clara, con una nitidez apabullante.

—Bien, Peaches, ¿qué me dices ahora? Nada menos que la muy distinguida *lady* Margaret Penross... He tenido que verlo.

Ella no estaba nada dispuesta para comentar el asunto. Le parecía que el suelo trepidaba bajo sus pies.

—Es... odioso...

—No tanto. Simplemente desagradable. Confieso que tenía a *lady* Penross por mujer honesta, como todo el mundo. En fin, son humanas flaquezas. Vamos.

La cogió del brazo y la sacó de allí. Leslie no se opuso hasta verse dentro del ascensor.

—¿Adónde vamos?

—Tendrás que perdonarme, pero he hecho creer al conserje que el tío es tu tutor legal y esté gastándose tu dinero en aventuras amorosas, que yo soy, aparte de tu primo, tu abogado y que andamos acopiando pruebas para exigirle una rendición de cuentas y arrebatarle la tutoría. Eso, y un puñado de esterlinas. —Papel, ha hecho profunda mella en sus convicciones morales. De modo que me ha facilitado el duplicado que tiene de la llave del departamento.

—Pero... eso es ilegal...

—Del todo. Y podría costarnos un disgusto. ¿Te asusta la idea de allanar una morada y husmear los secretos galantes del tío?

Estaba deseando hacerlo, llegar al fondo de la cuestión.

El pasillo del quinto piso hallábase vacío y silencioso, cerradas todas las puertas que daban al mismo. Afuera caía la noche sobre la ciudad. Era la hora perfecta para las entrevistas amorosas. Y allí estaba ella, con su detonante y hermoso primo Fitzalan, disponiéndose a allanar el *pied a terre* del hombre que era su padre natural.

Leslie Fitzalan tenía otros pensamientos ahora en la cabeza. Sacó la llave que le entregara el conserje, la metió en la cerradura y abrió, dejando a su conturbada prima paso franco, luego la siguió y cerró.

—Bien, ya estamos en el nido. Y aún huele a la dama...

Leslie estaba sintiendo que se le revolvía el estómago. La madre de su amiga... y el hombre a quien creía su padre verdadero...

Pero el capitán Fitzalan, del *Intelligence Service*, ahora no podía pensar en el amor ni en la mujer amada. Sus ojos de lince estaban recorriendo el pequeño vestíbulo, avanzó al interior de la salita, coquetona, cuidadosamente amueblada, y mientras hablaba con frivolidad no dejó de tomar nota de todo aquello que podía interesarle.

—Espléndido. El tío sabe cómo preparar el escenario, de eso no caben dudas. ¿Qué te parece si nos dividimos la tarea? Tú husmeas aquí, yo echaré una ojeada a la alcoba y las otras habitaciones.

—Vámonos. No quiero ver nada...

—No seas tonta. Si es fascinante, mujer. A lo mejor hasta encontramos cartas de amor, fotografías dedicadas y todo eso...

Era odioso, odioso. Y también había una nota ominosa en todo

aquello. Leslie Stanford hizo de tripas corazón y se puso a registrar el *living*, mirando con asco las señales de lo allí sucedido, tan claras a sus ojos.

Leslie Fitzalan buscaba otras cosas. Y las encontró.

Estaban allí, en la habitación destinada a trastero. Dos excelentes maletas de piel, idénticas, cuidadosamente cerradas, con cierres de seguridad. Su prima se habría asombrado no poco al verle sacar una serie de curiosos objetos de entre sus ropas, manipular una de las maletas y abrirla con suma facilidad. Un leve silbido se le escapó, mientras volvía a ahondársele la arruga en la frente, al ver lo que contenía.

Luego volvió a cerrar la maleta, salió de allí y, tras comprobar que su prima andaba brujuleando, como aturdida y absorta, por el *living*, pasó a la cocina, descolgó el teléfono de servicio, marcó el mismo número que antes en el del conserje y dio unas órdenes en voz baja, con la mirada fija en la puerta de la cocina:

—Que vengan inmediatamente... Encontrarán dos maletas grandes, de piel de cerdo, en el cuarto trastero del departamento... Tienen que tomar todas las huellas... Sí, que no les pierdan de vista a ninguno de los dos, si alguno me falla en ese cometido le prometo que va a acordarse de mí.

CAPÍTULO XI

Los dos primos hablaron muy poco mientras él la llevaba a ella a su domicilio. Ni ella tenía ganas de incitarlo a charlar, ni él, ahora, parecía interesado, cosa curiosa, en continuar la investigación.

—Te ha dolido, ¿verdad?

Su voz era cálida, estaba impregnada de comprensión y cariño, Leslie Stanford la sintió intensamente. Sin mirarle, asintió:

—Sí...

—Lo suponía. Y no sé si alegrarme o dolerme, por haberte incitado a este espionaje. Tú le habías cogido mucho afecto, ¿verdad?

Si él supiera...

—Sí.

—No se lo merece. Siempre fue un pillastre, cualquier cosa que te haya dicho en su favor debes ponerla en cuarentena. No es que fuera una mala persona, un verdadero canalla; pero era débil, ambicioso, envidioso, infatuado... En fin, ya está desenmascarado el buen tío Thomas Elcott. Lo que no termino de entender es cómo se las arregla para conseguir a tantas mujeres, y justo a ese tipo de mujeres. Todas ellas gozan de reputación intachable.

Como ella misma. Y Peter Dorianos estaba seguro de poder convertirla en su amante. Probablemente en muchas honorables y distinguidas familias existían secretos semejantes al suyo, que a cualquier precio debían ser mantenidos ocultos. Dorianos... y su tío Tom, que era su verdadero padre... Era como para volverse loca.

Por un instante, su estado de ánimo estuvo a punto de llevarla a cometer lo que, sin duda, habría sido una estupidez, contárselo todo a su primo. Ocurrió cuando él, tomándole una mano con la suya fuerte y cálida, le habló dulcemente, en un tono peculiar que nunca hasta entonces usara con ella, mirándola de aquel modo asombrosamente afectivo.

—Si hay algo en que pueda ayudarte, Peaches, si necesitas algo, dímelo. Hasta la vida daría a gusto por ahorrarte un pequeño dolor, y no se trata de una simple frase.

Sí, faltó muy poco. Por suerte, se pudo contener. Leslie era extraordinario en muchos aspectos, esta misma tarde había descubierto otra desconcertante faceta suya; pero no era el hombre que necesitaba.

—No, Les, no necesito nada. Sólo esto... disgustada, ha sido por demás desagradable. Gracias, de todos modos, eres un gran muchacho.

Él no insistió, era otra de sus muchas cualidades. Si no fuera tan efectista, tan irritantemente petulante, tan... pavo real, sería realmente magnífico, una muchacha podría enamorarse de él con facilidad suma. Pero no era hombre para un problema como el suyo.

Y ya no podía contar con el otro, de repente el mito se había desmoronado, dejando en su lugar inquietud, incógnitas siniestras. ¿Qué hacer ahora?

Se despidieron en la acera, ante la casa de ella, con un beso fraternal y un fuerte apretón de manos.

—Es nuestro secreto, Peaches.

Lo era...

Apenas se vio solo, Leslie Fitzalan se lanzó a buena velocidad hacia su puesto de combate. Al llegar a él se encontró con un rimero de informes y dos de sus subordinados.

—El *dossier* de Thomas Elcott.

—Las huellas que había en la copa...

Como ya suponía, no concordaban con las existentes en los ficheros de Scotland Yard y del propio *Intelligence Service*. Pero ahora había cambiado la perspectiva por completo.

—¿Qué hay de nuestro hombre?

—No se le ha dejado de marcar ni un solo instante. Éstas han sido todas sus actividades. Interesantes actividades. Comprendían una entrevista de media hora larga con determinado miembro de determinada delegación diplomática, en determinado lugar situado a cinco millas del edificio donde Peter Dorianos tuvo su central peluquera, y otra, subsecuente, con otro determinado diplomático, de otro determinado país cuya ideología oficial, siendo la misma, lo

contraponía virulentamente con el grupo al que pertenecía el anterior.

—Desde luego, no ha podido sospechar que está siendo marcado. Hemos actuado con la máxima discreción.

—¿Dónde está ahora?

—En su casa. Al parecer espera a alguien.

—¿Se han tomado ya las medidas para controlar todas sus comunicaciones?

—Totalmente. Uno de nuestros equipos especiales se encuentra ya en el subsuelo, completando las conexiones del teléfono. Hemos conseguido colocar, mediante disparos con fusiles especiales, micrófonos junto a las ventanas y esta misma noche los conectaremos, así como intentaremos colocar «chivatos» en el interior. De todos modos hay que tener cuidado, la casa está cuidadosamente vigilada.

—Hemos marcado ya al otro. Después de despedirse de su acompañante se fue a tomar una copa a un bar de Garrick Lane. Allí se le ha reunido hace un cuarto de hora Burke, al parecer están en animada conversación.

—Las maletas han sido recogidas, vienen para acá. El departamento está siendo cuidadosamente registrado y tomándose todas las huellas que puedan servirnos.

—¿Se ha averiguado en los Bancos?

—Sí. Tenemos ya algunos datos concretos. Nuestro hombre dispone de cinco cuentas corrientes en cinco Bancos distintos, en todas ellas hay bastante movimiento, fuertes sumas. Seguimos buscando.

—¿Qué más?

—Parece ser que no posee otras propiedades sino la finca de campo, el piso en Collingwood Street y ese *pied a terre*. Sin embargo, ya tenemos indicios de que las posee en el extranjero, concretamente Portugal y España. Por otra parte, es dueño del tercio de las acciones fundadoras de la empresa regentada por Dorianos, si bien no figura oficialmente como su propietario. Además creemos que posee inversiones fuertes en algunas empresas importantes. Pero en todos los casos, actúa por intermedio de esa firma de abogados, a los que no podemos obligar a enseñarnos sus libros si no es mediante mandamiento judicial.

—Se hará a su tiempo, ahora levantaríamos la liebre.

—Si descubre que nos hemos llevado esas maletas...

—Retornarán allí esta misma noche.

Tenía un montón de piezas de aquel *puzzle* en sus manos, pero no estaba aún en condiciones de completarlo, los acontecimientos habíanse sucedido muy aprisa y, de hecho, debía al puro azar haber conseguido tanto, llegado tan lejos. Ahora se trataba, para él, pura y simplemente de atrapar a una peligrosa banda de granujas, evitar que se apoderasen de los planos ultra secretos de un revolucionario invento de máxima importancia militar... y hacer que la mujer a quien amaba no se viera implicada en el asunto, pasando a convertirse en blanco de pública curiosidad. Todo un trabajo.

Se fue de nuevo a ver a su jefe.

—Es preciso que se le entreguen a mi tío esos planos inmediatamente, mañana mismo.

—Los expertos están terminando las contrafacciones, me han prometido que estarán listas a medianoche lo más tardar.

—No deben tener ningún fallo, al otro lado hay técnicos tan buenos como los nuestros.

—Lo sabemos. Y será un excelente contragolpe hacerles adquirir algo inservible, pero cuya inutilidad no pueden comprobar.

—Esperemos que se consiga. Si logramos convencerles de que hubo un error de base en su información, y el «Argos» no es un súper detector, sino un sistema especial para impedir que los actuales de detección de submarinos localicen a uno de éstos en maniobra de aproximación para ataque, podremos trabajar tranquilamente en el equipamiento de los nuestros nucleares y para cuando descubran el fraude será un poco tarde.

Aqué! era el pez. Los cerebros pensantes del Almirantazgo, los mejores técnicos, los más seguros políticamente, habían trabajado durante más de diez años en un proyecto especial, logrando el éxito. Un súper detector de ondas magnéticas, localizadas en un campo muy reducido y específico, hasta la fecha indomeñables e indetectables por los medios en uso en las más avanzadas marinas. Acoplado en los submarinos nucleares británicos, y en determinado tipo de aviones y barcos caza submarinos, permitiría detectar a los hasta ahora prácticamente inalcanzables submarinos nucleares, localizándolos a distancias diez veces mayores de lo hasta ahora

conseguido. Lo que eso significaba, no había necesidad de especificarlo.

Tras aquel pez habían echado sus redes un grupo de granujas muy bien preparados y sólo por mero azar no iban a salirse con la suya. Sólo porque una muchacha de la mejor sociedad, hija de un almirante, tenía un primo que se educó en Eton, estaba adscrito al *Intelligence Service* y nadie lo sabía. Mejor dicho, porque aquel hombre del Servicio Secreto tuvo la humorada de citar en un notorio local de esparcimiento para que le diera su informe a uno de sus subordinados, y aquel subordinado conocía a su prima.

Todo lo demás era rutina, trabajo de especialistas, habilidad, paciencia, efectividad... lo que se quisiera. El negocio iba a salir bien por puro azar. Como suele ocurrir con casi todos los negocios importantes, que son éxitos o se van al traste por nimiedades absolutamente impredecibles.

CAPÍTULO XII

—La espero dentro de media hora, en el pórtico de San Marlin's-in-the-Fields.

Era la orden esperada. Con un suspiro, Leslie Stanford colgó y fue a encender un cigarrillo.

Llevaba cuarenta y ocho horas sin dormir, sus nervios estaban hechos cisco, gozaba de unas magníficas ojeras y veía su inmediato futuro de lo más negro. La última noche, pasada en vela, le había hecho comprenderlo así.

Por eso actuó de modo diferente a como había convenido con su tío Thomas.

El tipo que la esperaba era el mismo de la mañana anterior. Esta vez, ella había llevado su pequeño automóvil. No fue una larga entrevista.

—Esta noche, usted tiene que facilitarnos la entrada en su casa y hasta el despacho de su padre.

—¿Qué es lo que se proponen?

—Ya se lo dije, nada peligroso para ustedes... si todo sale como debe ser. Llegaremos, abriremos la caja de caudales, sacaremos determinado documento que su padre tendrá esta noche en ella, lo fotografiaremos, lo devolveremos a su sitio y nos marcharemos por dónde entramos, sin dejar ninguna huella delatora. Cómo ve, muy fácil.

—¿Son documentos importantes?

—¿Cree que haríamos todo lo que hacemos por una bagatela? Pero a usted sólo debe importarle que, una vez cumplida su tarea a nuestra satisfacción, quedará tranquila.

—¿Me darán esas fotografías?

—Negativos y todo. Lo tendrá que ir a recoger adónde le indiquemos, naturalmente no es cosa que convenga mandársela por correo. Por lo demás, cumpliremos nuestra promesa, quede

tranquila.

Después le dio detalladas instrucciones sobre cómo debería actuar y la dejó, alejándose tranquilamente. Ni él ni ella notaron nada anormal. Desde luego eran otros quienes les vigilaban, fotografiaban y escuchaba su conversación.

Tampoco el señor Elcott, muy preocupado por la actitud de su sobrina en las últimas horas, advirtió que estaba siendo «marcado» cuidadosamente. Sin embargo, se encontraba muy alerta. Cuando se hubo convencido de que nada raro había en el aire, tras ver desaparecer a su sobrina abandonó también su punto de vigilancia frente a la National Gallery.

Esta vez, Leslie Fitzalan había estado dirigiendo toda la operación desde muy cerca del Admiralty Arch, siempre dentro de uno de los discretos automóviles del Servicio. La información de sus agentes llegábase metódica, a un ritmo impecable.

—Hay un hombre siguiéndola en un «Morris» verde, procura no perderla de vista.

—Budge acaba de tomar el autobús. Estamos adelantándonos para que Jameson lo coja a su vez en la próxima parada.

—Elcott acaba de detenerse en un bar de Drury Lane. Eldridge entrará ahora.

—La señorita Stanford vuelve a su domicilio, al parecer. Sigue estando vigilada por el hombre del «Morris» verde.

—Budge ha entrado en un *pub*. Tomo el relevo de Jameson.

—Elcott está telefoneando. Parece preocupado, mira receloso, evito hacerme notorio...

Había que hacer algo, o Leslie Stanford iba a estropearlo todo...

Leslie Stanford estaba sintiéndose enferma, sencillamente. Por eso volvió a casa y por eso sintió alivio al enterarse de que sus padres y sus hermanos no estaban en ella. Pero eso no aliviaba nada su estado de ánimo. Era sencillamente horrible aquella incertidumbre, el no saber...

Fue a encerrarse en su habitación. Le seguía doliendo mucho la cabeza y los continuos cigarrillos no la aliviaban. Hubiera querido hacer algo, pero nada podía realizar. Estaba sencillamente descabalada, a merced de fuerzas oscuras y terribles...

—Señorita, su primo, el capitán Fitzalan, acaba de llegar, quiere verla.

Lo que le faltaba. Ahora, basta Les se volvía inoportuno...

Pero ¿y si sabía algo nuevo? La tarde anterior se comportó de un modo muy raro, muy misterioso, como si supiera mucho más de lo que decía...

Leslie Fitzalan estaba fumando cachazudamente con las manos a la espalda y mirando por la ventana cuando ella entró en aquel salón. Se volvió a ella y Leslie Stanford advirtió que no sonreía como de costumbre.

—Tienes muy mala cara. Juraría que has dormido muy poco anoche.

—Eres muy observador. ¿Qué te trae, tan temprano?

—Las once de la mañana no es precisamente una hora temprana. Me trae algo sorprendente, importante y desagradable, Peaches.

Ella se sobresaltó. No podía por menos.

—¿Qué es ello?

—Me alegra que estemos solos, pues así podremos hablar con más tranquilidad, ya sé que todos los tuyos salieron.

—¿Quieres no ponerme más nerviosa?

—Discúlpame. Tú sabes que te quiero mucho, ¿verdad?

—Pues... Sí, eso creo... Pero no entiendo...

—Pero no sabes cuánto te quiero, ni te lo imaginas. Es lógico, me ves como un engreído botarate, un narcisista petulante e insoportable, un bello maniquí hueco y trivial... No pongas esa cara, durante muchos años he cultivado cuidadosamente tal personalidad y me complace comprobar que a todo el mundo he engañado, tú incluida, claro.

—¿Quieres decir que... no eres como aparentas?

—No del todo. Naturalmente, si no existieran dentro de mí todas esas tendencias en un estado, digamos, latente, menor, no habría podido asumir con tanta facilidad mi papel. Pero soy tanto el pavo real irritante que opina tu padre como tú la muchacha ultramoderna y carente de prejuicios que también él cree.

—No te comprendo. Ni sé a qué viene...

—Leslie, sé que te debates en las mallas de una red demasiado fuerte para tus ánimos y energías, que tienes un montón de problemas, complicaciones y disgustos gordos. Sé mucho más de lo que tú imaginas. Por ejemplo, sé que eres la misteriosa muchacha que acompañaba a Peter Dorianos cuando lo mataron.

—¿Qué... tú...?

Aquello era tan inesperado como insólito, tan desconcertante como abrumador. La muchacha sintió un vahído y tuvo que sentarse, mejor dicho se dejó caer, en una de las butacas porque le fallaron las piernas. Su primo Fitzalan sabía... Y no era lo que parecía ser... ¿Qué era, entonces?

Él avanzó un paso, ligeramente inquieto.

—¿Te sientes mal?

—No, no... Es... un vahído pasajero...

Era la culminación de la catástrofe, otro giro violento y anonadante de la situación, otra complicación más. Su tío, ahora su primo...

—¿Quién... qué eres tú. Les? ¿Cómo has sabido...?

—Necesito tu palabra de honor de que no revelarás a nadie, absolutamente a nadie, lo que voy a decirte. Sé que si me la das la cumplirás. Yo te quiero mucho, Peaches, con toda mi alma, y te lo voy a demostrar ahora.

Para volverse loca. De modo que su primo Leslie Fitzalan, que no era lo que parecía... y bastaba con verle la expresión, oír su tono de voz, para comprender que no estaba precisamente jugando, mintiéndole... resultaba que él la quería. Se lo estaba diciendo de un modo estupendo, con los ojos más aún que con la voz, era ahora muy distinto, voz, mirada, actitud, de un verdadero hombre, de un hombre de acción. Y la quería...

—Les, o me lo dices de una vez o mi cabeza estallará... Sí, sí, te lo juro, no contaré nada a nadie. ¿Quién eres tú, en realidad?

—Dirijo una sección del *Intelligence Service*.

—¿Tú?

Le salió del alma y se galvanizó.

Él sonrió. Y era la suya una maravillosa sonrisa, pensó absurdamente. —Y absurdamente aliviada— la muchacha.

—Yo, sí. Sabía que te iba a sorprender mucho.

—¿Mucho? Eso es poco... No te estás burlando, ¿verdad?

—Sabes que no.

—¿Y desde cuándo sabes que yo iba con Dorianos?

—Desde anteanoche. Primero fue una ingrata premonición, luego una desagradable certeza. Me bastó con hacer unos retoques al retrato «robot» confeccionado sobre los datos de varias personas

que te vieron huir de allí...

—¡No irás a pensar de mí que... que era la amiga de aquel cerdo! No te lo perdonaría nunca, Leslie Fitzalan. ¡Nunca, nunca, nunca!

Se le desataron los nervios. De repente estaba ocurriéndole algo muy raro, una mezcla aturrullada de sensaciones fortísimas.

Avanzando otro paso, Fitzalan la sujetó con fuerza por los hombros.

—Domínate. Yo nunca pensaré mal de ti, no podría, te amo demasiado y te conozco bien. ¿Dónde quedó tu entereza, Peaches Stanford? ¿Es ésta la brava amazona que llena mi alma de alegría y paz?

Su voz era una voz que ella jamás le oyera, como sucedía con su mirada. Se lo quedó mirando, rígida, tremante... Y de repente lo entendió. También ella estaba enamorada de su primo, pero del hombre que tenía delante ahora, no de la irritante máscara que siempre conociera. Del hombre que su sensibilidad, su sexto sentido, intuía algunas veces, como en fugaces ráfagas que la dejaban perpleja e inquieta...

Se quedó como deslumbrada. Y luego le entraron unas locas ganas de echarse a llorar. Tembló entera... y se dominó con un tremendo esfuerzo, para balbucir:

—No... no me echaré a llorar... Y tampoco voy a ponerme a pegar gritos ni me morderé las uñas... ¿Me... me quieres dar una bofetada? Fuerte.

Era una extraña demanda, pero Leslie Fitzalan la entendió. Soltándole el brazo izquierdo, le atizó un bofetón que no tuvo nada de fingido. La muchacha gritó y se quejó:

—No tan fuerte, bruto...

—Cumplí tu deseo. ¿Más tranquila?

—Sí. Déjame... Ahora necesito un trago y un cigarrillo, luego puedes comenzar a preguntarme.

—Primero tengo que decirte unas cuantas cosas.

Ya él iba hacia la hermosa alacena en una de las paredes, de la que sacó un botellón mediado de *whisky* añejo, el preferido por el almirante, y una copa, que casi llenó, tendiéndosela con una sonrisa cálida a la muchacha, la cual había, mientras, encendido un cigarrillo, fumando nerviosa.

—Bébelo puro, pero despacio, te tonificará.

Ella bebió un sorbo largo, ansioso, hizo una leve mueca, porque no estaba habituada, fumó de nuevo, luego se atrevió a mirarle a los ojos. Y le vio por primera vez tal como era en realidad. También, por primera vez, con ojos de enamorada. Era un maravilloso milagro, en el momento más oportuno...

Él estaba leyéndole los pensamientos, ahondó y varió la sonrisa.

—Sí, Peaches, soy un gran farsante, un «pimpinela» barato. Pero te aseguro que, aparte ser muy útil, resulta de lo más divertido. No tienes ni idea de cómo se descubren y confían las gentes delante de un guapo, brillante y vacío *snoob* al que nadie concede demasiada importancia justo por imaginárselo como un elemento decorativo sin trasfondo. Lo único que me ha dolido en todo este tiempo fue tu desprecio.

—Yo no podía saber...

—Lo sé. Y ya no importa. ¿Te encuentras con fuerzas para tratar de asuntos desagradables?

—Sí... claro que sí.

—Entonces, yo comenzaré, luego tú me contarás todo lo que necesito saber. Para empezar, te diré que desde hace veinticuatro horas, mejor dicho, desde anteanoche, estás bajo constante vigilancia de mis hombres. No has dado un paso, ni hiciste nada, que yo no conozca, incluido todo lo que hablaste con el individuo encargado de darte las instrucciones de la pandilla de granujas que pretenden utilizarte para conseguir los planos que se supone tu padre encerrará esta noche en tu caja fuerte.

No se iba a poner más nerviosa. No se iba a desmayar. No iba a dejar que nada la desbordase, ya estaba curada de todos los espantos...

—Entonces, lo sabes todo...

—Todo excepto el motivo por el cual aceptaste acompañar a ese peluquero a aquel escondido rincón de Hyde Park. Pero algo me dice que tiene mucho que ver con nuestro nunca bien ponderado tío Thomas. ¿Es así?

Tenía que decírselo. A él, ahora, sí. Por todas las razones del mundo.

Se lo dijo haciendo de tripas corazón.

—Les, ahora eres tú quien debe guardarme el secreto... Sé que el

tío Thomas es mi verdadero padre, y no el que hasta hace unos días creí.

—¿Tú...? —Le tocó a Fitzalan sobresaltarse y poner cara atónita. Pero tan sólo fue un par de segundos. De repente estaban encajándole todas las piezas del *puzzle*—. ¿Te lo ha dicho él?

—No. Jamás hizo o dijo algo que me lo insinuara, o me lo llevara a sospechar. Salvo su ternura, su cariñoso trato... Lo supe por Dorianos, me trajo pruebas. Pruebas que debe haberle robado, sin duda, otra cosa sería demasiado... demasiado horrible...

—Pobrecita Peaches... De modo que con ese cebo te llevaron a la trampa...

—¿Qué quieres decir?

—Es demasiado largo de contar. De hecho, un diabólico enredo que todavía estamos desembrollando y que ahora veo que reviste mayor importancia de la que suponíamos en un principio. Alguien está loco y alguien es demasiado listo... Leslie, no creo que el tío Thomas sea tu verdadero padre. Pero aún en ese supuesto, al menos el tío Thomas que estaba contigo la otra tarde en el *grill* del Wellesley, el que ayer por la mañana parecía vigilarte, tú eso creías, para protegerte si llegaba a sucederte algo mientras te entrevistabas con su emisario...

—¿Su... emisario? —inquirió la muchacha desmayadamente.

Él asintió:

—Lo trajo en su propio coche hasta allí, le vimos perfectamente, aunque él no podía imaginarse que yo estuviera tan cerca y en calidad de oficial del Servicio Secreto. También estaba, sin tú saberlo, y sospecho que muy preocupado, hace un par de horas en Trafalgar Square, vigilándoos a ti y a su emisario.

—No...

—Sí. Hoy tenías a uno de sus hombres pegado a ti, cosa que ayer no sucedió. Y me imagino por qué razón, también es ése el motivo de que me haya decidido a venir y ponerte mis cartas boca arriba. Leslie, ese hombre no es el tío Thomas.

La muchacha pegó un violento respingo en su asiento y dilató la mirada, totalmente aturdida:

—¿Qué dices?

—Lo que oyes. Lo descubrí inmediatamente, pero él no se enteró, cuando me hice el contradicho con él en el Wellesley poco

después que le dejaras. Una perfecta caracterización, sin lugar a dudas un magnífico trabajo de cirugía facial unido a una larga compenetración con el personaje, a través de mucho tiempo estudiándolo en todas sus características. Sin embargo, hay ciertos detalles que ni el más perfecto suplantador puede prevenir, son puro azar. Por ejemplo, que yo no soy lo que aparento. Primero tardó en acordarse de mí, poco, pero muy significativo. Luego aceptó sin rechistar mi tuteo, cosa que el tío Tom difícilmente habría hecho, porque la última vez que nos vimos sostuvimos una violenta discusión sobre moral y otros temas parecidos. Eso fue hace seis años, pero él aceptó que eran sólo cinco. Y, finalmente, aparte otros detalles, el tío y yo realizamos nuestros estudios en el mismo colegio. Sabes lo que eso significa, ¿verdad? El impostor hace un calco perfecto, más que suficiente para engañar a cualquiera... que no haya estudiado en Eton, en nuestro colegio. Nadie puede imitar tan perfectamente a un etoniano que otro etoniano no descubra el fraude luego de diez minutos de conversación, sobre todo si ya tiene la mosca en la oreja. En cambio, el tío Thomas que vimos ayer tarde cogiendo muy confianzudamente a *lady* Penross sí es el nuestro, el verdadero. Me falta saber cuál de ellos es el que te ha metido en este enredo para conseguir con tu forzada ayuda unos documentos vitales para nuestra defensa nacional; y es lo que me propongo averiguar si accedes a convertirme, por cierto tiempo, en agente voluntario y meramente eventual, de nuestro Servicio. Creo que sí vas a aceptar.

CAPÍTULO XIII

—Tengo que hablar contigo, tío, enseguida...

Habíale salido perfecta la voz, estaba segura de que el misterioso... y peligroso, individuo que estaba suplantando a su tío, que, al parecer, la había enredado en aquel siniestro asunto, no podía sospechar. Desde luego, su respuesta no le dio a entender nada así.

Y ahora, ella andaba convertida en un papirotazo de sospechosa buscada por la policía por un oscuro caso de asesinato en agente secreto al servicio de su país, camino de su primera misión como tal.

Se estaba sintiendo como una heroína de película de aventuras, por primera vez desde que todo aquel lío comenzó. El melodrama folletinesco entreverado de historia de espías se quedaba reducido a lo último, las palabras de su primo así se lo habían aclarado, trayéndole un inmenso alivio y, también, una nueva alegría.

—Sin duda, todo lo que Dorianos te mostró era una falsificación hábilmente entremezclada con hechos reales, algo semejante a lo que han realizado con esas fotografías del asesinato que te presentan como su autora. Lo que deseaban era llevarte a aquel lugar. Es posible que la versión que te dio ese individuo de los motivos que tuvieron para matar a Dorianos sea cierta y puede que hubiera otro, pero en cualquier caso, él debía morir así, para que cayeras en la trampa. Todo el tinglado se montó exclusivamente para forzarte a ayudarles a entrar en tu propia casa y robar a tu propio padre. Creyendo que no lo era, te sería mucho más fácil aceptar el trato.

Eso había sido, sin duda, una diabólica trampa... Pero gracias a Dios iba a resultarles la cosa muy distinta a como lo planearon aquel grupo de criminales. Y ella, ahora, estaba firmemente decidida a hacerles pagar por todo lo que últimamente le hicieron

sufrir. Fortalecida, además, por el hecho de saberse respaldada nada menos que por el *Intelligence Service*.

Y por el amor de su primo. Casi era lo más fantástico de todo, aquella transformación del pavo real en sir Lancelot. ¿Podía haber algo más fascinador y excitante que un hombre como Leslie Fitzalan trasmutado en Pimpinela? Y amándola tanto...

Desde luego, algo estaba muy claro, ella no tenía absolutamente nada de moderna, ni de despreocupada, ni de contestataria. También resultaba que era todo un disfraz para la galería, para andar por el mundo ahorrándose disgustos y complicaciones. Lo que era, sin lugar a dudas, era una romántica de tomo y lomo. De repente se sentía enamorada hasta los tuétanos...

Allí estaba, el muy... Ahora tenía que demostrar que servía como agente secreto. A ver qué tal le salía. Pero le estaba ardiendo la sangre y, también, notaba un como reconcomio en el gaznate, en el estómago.

—Hola, tío Tom. Cómo te agradezco que seas tan bueno conmigo...

Él no parecía recelar demasiado. Pero recelaba, sin duda, todos los espías y criminales recelan. Y pensar que la engañó como a una tonta con su dulzura y sus historias embusteras, ganándose su corazón... Y todo para...

—¿Qué te sucede? ¿Ha vuelto a llamarte ese individuo?

—Lo hizo esta mañana, ya nos vimos.

—¿Os visteis? ¿Por qué no me avisaste? Ha sido una grave imprudencia.

—Quise, pero no pude, tu teléfono comunicaba. Y él no me dio tiempo, me había citado para media hora después. Además, mamá cogió el teléfono para hablar con una de sus amigas y ya sabes cómo es... Estaba muy nerviosa, no podía retrasarme, de modo que decidí ir a la entrevista.

No recelaba. Desde luego, la explicación era de lo más lógica y plausible, dado que ahora ella estaba aquí, contándoselo. Menos mal...

—¿Qué pasó?

Le hizo el relato detalladamente, la pura verdad. No podía cometer el menor fallo, o todo estaría perdido.

—No sé qué hacer, tío, de veras. Afirman que no me causarán

ningún daño, ni a mi familia, pero... Tengo mucho miedo. ¿Y si se lo contáramos todo a la policía? Aún es tiempo...

—Ya he pensado en eso. Si intentaras algo así, sin duda ellos iban a enterarse con tiempo, tomarían sus medidas y para todos vosotros iba a ser muy desagradable, podrían hasta llegar a tratar de matarte. Yo, en cambio, tal vez pueda arreglarlo.

—¿Cómo?

—Lo estuve pensando, creo haber dado con un buen medio. Tengo un viejo amigo, de los muy escasos de antaño que me han quedado, que está relacionado en cierto modo con el Ministerio del Interior. Voy a llamarle y le pondré en antecedentes de lo que sucede. Él puede llegar hasta el lugar adecuado. Si la policía prepara bien su propia trampa, esos granujas caerán todos en ella, no correrás ningún riesgo...

Le hablaba como siempre, paternal, cariñoso, confiado. El canalla... Pero ahora que iban de pillo a pillo y ya estaba serena, Leslie Stanford había recuperado su nervio, su combatividad, también su astucia. Cuando finalmente se separaron, iba segura de haber cumplido bien con su misión.

Leslie Fitzalan no estaba tan seguro como ella.

—Que no le pierdan de vista ni un solo momento, necesito conocer todos sus pasos. A la señorita Stanford se le prestará protección continua y discreta, sin intervenir salvo en el caso de absoluta precisión, si fuera atacada.

Pero nada ocurrió a la muchacha durante el resto de aquel hermoso día primaveral.

Al atardecer cayó una ligera niebla, que se fue espesando conforme llegaba la noche. Los Stanford hacían su vida habitual. A primera hora de la tarde, por cierto, había llegado un vehículo de matrícula militar, del que descendieron dos vigorosos oficiales de uniforme portando sendas, e idénticas, carteras de negocios. Tal tipo de visitas no eran raras en casa del almirante, y por lo mismo a nadie extrañaron. Naturalmente, nadie había advertido que en todo el trayecto desde el Almirantazgo aquel vehículo había ido discretamente escoltado por otro de características vulgares, pero repletos de hombres de paisano poderosamente armados y que, además, tenían a mano magníficas caretas antigás, vehículos que se habían colocado bloqueando ambas esquinas de la manzana

formada por el edificio y oíros de parecidas características.

Aquella era una calle recoleta, un remanso de paz señorial del viejo Londres, habitada por sólidas familias de la aristocracia o la alta clase media. Cada casa tenía un pequeño y frondoso jardín, muy bien cuidado. Al cerrar la noche, por ella apenas si circulaba nadie, incluso durante el día no abundaba la circulación. Los dos militares que visitaron al almirante se encerraron con él en su despacho, donde permanecieron algo más de una hora. Luego se marcharon y todo volvió a quedar igual.

Que el almirante recibiera documentos importantes para estudiarlos en su domicilio tampoco era novedad entre la familia. Dentro de la casa, pues, las cosas siguieron normalmente. A la hora habitual se sirvió la cena, luego el almirante se retiró a su despacho, el hijo mayor salió, el más joven y la hija se quedaron en casa, así como la madre. También a su debido tiempo todo el mundo se marchó a descansar.

La una de la madrugada es siempre una hora tremebunda en Londres. Las costumbres británicas, la niebla sobre todo, convierten a tal hora sus calles en lugares vacíos, donde resuenan las pisadas lentas de los *bobbies*, al menos, ése es el tópico. A la una de aquella madrugada, el tópico era verdadero en un cien por ciento en la calle donde vivían los Stanford.

Leslie no dormía, naturalmente. Salió de su habitación sin hacer el menor ruido y se movió como un fantasma por la casa, sin encender luces. Dado que conocía de memoria la ubicación de cada objeto y cada mueble, no le resultó difícil. Su padre hacía una hora que se acostó y ya debería estar roncando, sus hermanos dormían como troncos, la servidumbre estaba alojada en la planta superior, su madre tomaba somníferos.

Llegó a la puerta exterior, la abrió y salió. Sabía que ojos invisibles estaban enfocándola desde al menos un par de lugares. Agentes secretos provistos de potentes prismáticos con visor acoplado de rayos infrarrojos y antiniebla debían ocultarse en estratégicos lugares desde la medianoche, otros aguardaban dentro de vehículos estacionados en calles cercanas, y su primo, su «Pimpinela» personal e intransferible, dirigía toda la operación desde su vehículo de mando. Eso reconfortaba mucho, francamente.

Atravesó hacia la puerta del jardín, la abrió con la llave que

había cogido previamente, sin hacer ruido, y la dejó encajada, dejando la llave puesta en la cerradura a la parte interior. Luego volvió sobre sus pasos velozmente y retornó a la casa, dejando también encajada la puerta y esperando.

Cinco minutos escasos después, un automóvil negro, grande, entró en la calle avanzando muy despacio. Lo ocupaban el tío Thomas, el tipo que servía de enlace con la muchacha y otro hombre más, los últimos vestidos con gabardinas oscuras y tocados con sombreros también oscuros. El honorable Thomas Elcott conducía.

El vehículo se detuvo exactamente a la altura de la casa anterior a la de los Stanford, apenas cinco segundos, lo justo para que descendieran ágilmente los dos de gabardina, uno de ellos portando un maletín de negocios negro. Mientras ellos avanzaban por la calle, sin prisas, el coche reanudó su marcha suave, silenciosa, y dobló la esquina próxima, pasando al poco por delante de uno de los coches del Servicio Secreto, cuyos ocupantes estaban hábilmente tendidos en el piso del mismo. El señor Elcott nada vio de sospechoso en aquel vehículo, como no lo había visto en otro pasado antes en otra calle cercana. Llevó al suyo algo más lejos, lo arrimó a la acera, lo detuvo, sacó tabaco y encendió un cigarrillo calmamente, mirando había el *bobby* de servicio que pateaba la acera algo más adelante.

Los dos criminales llegaron a la puerta del jardín de los Stanford, la empujaron con cuidado y, al verla ceder entraron velozmente, encajándola acto seguido. Avanzaron hacia la casa sin hacer ruido, usaban chanclos con suela de goma. Leslie les oyó llegar y comenzó a ponerse nerviosilla, a su pesar.

Luego oyó la queda llamada al otro lado de la puerta. Asiendo el pestillo, abrió con cuidado y los dos criminales entraron veloces. La voz silbante de Budge sonó en sus oídos:

- Me complace su docilidad, señorita Stanford.
- No tengo otro remedio.
- En efecto, y es bueno que lo entienda. ¿Alguna novedad?
- Ninguna. Todos duermen, mi padre se acostó a medianoche.
- Guíenos al despacho.

Un rayo de luz blanca, de diámetro no mayor al de un lápiz, brotó de la negrura, viniéndole a la cara, instintivamente, la

muchacha cerró los ojos, haciendo un gesto defensivo. Pero la voz de Budge sonó de nuevo:

—Tranquila. Vamos, usted delante.

Le habían quitado la luz de los ojos. Para enseñarle una magnífica pistola italiana, de cañón largo, con silenciador acoplado. No hacía falta más.

Poniéndose delante de Budge, avanzó. El delgado rayo luminoso se movía a un lado y a otro de su cuerpo, inspeccionándolo todo. No se fiaban, era natural. Y como recelaran, como fallara algo... prefería no pensarlo.

Finalmente llegaron al despacho. Procurando parecer razonablemente nerviosa, ella abrió, haciéndose a un lado. Pero Budge la hizo pasar, con una presión de su arma.

—Nos acompaña...

Una vez dentro, el que no hablaba movió velozmente el rayo luminoso para comprobar que el despacho estaba vacío y cerradas las puertas y ventanas. En efecto, así estaban. Satisfecho, inquirió por el emplazamiento de la caja de caudales. Tenía una voz metálica, cortante. Leslie se lo dijo y él fue allí, sacando el cuadro de vieja batalla que la disimulaba y haciendo un desdeñoso comentario sobre la idea que las gentes tenían de cómo se disimula una caja de caudales, luego examinó su cerradura y aseguró que iba a ser muy fácil de abrir la caja, porque a los cinco minutos ya estaban sacando su contenido. Entonces, Budge ordenó a la joven que le siguiera fuera del despacho.

—Vigilaremos mientras mi amigo fotografía esos planos...

Ella no puso la menor objeción.

Tampoco duró mucho aquella tarea. Diez minutos más tarde, el tipo salió, gruñendo que todo estaba terminado. Se la llevaron de nuevo con ellos y por un momento, Leslie temió que pensarán raptarla. Pero no ocurrió así. En la puerta del jardín, Budge le dijo, con irónica suavidad:

—Nos ha sido una ayuda muy provechosa, señorita Stanford. Ahora váyase a dormir y no se preocupe.

—Me prometieron esos negativos, y lo demás...

—Tendrá noticias nuestras mañana mismo, Buenas noches, preciosa.

Rubricó su despedida con una caricia y salió tras de su

compañero. Conteniendo sus ansias curiosas, Leslie cerró y, siguiendo al pie de la letra las órdenes de su primo, se volvió a su habitación. ¿Qué pasaría ahora?

Los dos granujas caminaron muy poco. Llevaban entre sus utensilios de trabajo una de esas maravillas de la industria nipona, con la cual habían avisado a Elcott la terminación de su tarea. Elcott, pues, apareció con el coche en la calle, doblando la cercana esquina a poca velocidad, y les alcanzó veinte pasos más allá de la salida del jardín. Subieron veloces y el vehículo cobró velocidad rápidamente, perdiéndose en la niebla de Londres.

CAPÍTULO XIV

—Sigue sin novedad la misma ruta.

—Mantengan la distancia, desvíense al llegar a Pickpocket Road y déjenle la tarea al número Tres.

Cerrando momentáneamente la conexión, Leslie Fitzalan dio una larga chupada a su pipa. Estaba satisfecho. El agente que conducía comentó:

—Nada sospechan, esto va bien.

Así era. Su propia red se estaba cerrando sobre los granujas sin un fallo. Ahora, su tío Thomas iba derecho a su hermosa casa de las afueras de Cliveden, a veintiocho millas de la City, una casa que, por cierto, no estaba inscrita a su nombre, convencido de haberse salido con la suya y, sin lugar a dudas, haciéndose hermosos cuentos de lechera. Probablemente aguardaría allí la llegada de los compradores del *Argos* para completar el negocio. Bien, nada se perdía dejándole un tiempo de alegría antes de llevarlo hasta el margen de sus propias instrucciones en este caso, desde el momento en que descubrió que su prima, tocaya y muy amada hallábase metida en el mismo hasta las orejas. Y se proponía rematarlo también heterodoxamente, por razones personalísimas. De todos modos, tenía carta blanca de sus jefes, muy confiados en su competencia y capacidad.

De madrugada, recorrer las veintiocho millas que separan el centro de Londres de la apacible y bonita población de Cliveden costaba tres cuartos de hora escasos, a moderada velocidad. Fue lo que tardaron Elcott y sus socios, también Fitzalan. No tenía prisa, dado que desde que no quedaron dudas acerca del destino de los granujas, varios coches con agentes secretos se encaminaron allí, y ya estaba el cerco de la finca cuidadosamente tendido cuando retornó su propietario.

Uno de ellos le dio el parte apenas se detuvieron, a conveniente

distancia para no despertar sospechas.

—Todo en orden. No ha llegado nadie.

—Esperaremos a que lleguen.

Diez minutos después llegó un aviso desde la central del *Intelligence Service*.

—A las cinco llegará el comprador. Elcott acaba de comunicarle que tiene los planos disponibles.

Diez minutos después una nueva llamada.

—Parece ser que hay dos compradores. Elcott ha citado para las seis al segundo...

También lo había calculado Leslie Fitzalan. Si su teoría era exacta, y estaba casi seguro de que lo era, el honorable Thomas Elcott no iba a conformarse con traicionar a su país, robar unos planos de máxima importancia y vendérselos a potencias extranjeras interesadas en ellos; cumpliría una venganza largamente soñada contra su propio hermano, sólo eso podía satisfacerlo, sólo por esto estuvo actuando del modo diabólico que lo hizo. Ahora, iba a vender el microfilme de los planos a un comprador y los propios planos a otro, consiguiendo ganancia doble. Pero, además, al robar aquellos planos esperaba sumir a su hermano en el escándalo, el deshonor y la desgracia.

Leslie Fitzalan había estado sospechando algo así desde un principio, ahora ya tenía la certeza, como tenía en sus manos casi todos los hilos de la endemoniada trama de su tío Thomas Elcott. También los medios para convertir su risa en llanto con un contragolpe atronador.

Esperar es algo para lo que estén bien entrenados los agentes secretos. Esperaron tres horas. Y luego apareció el primer comprador.

Llegó en un automóvil vulgar y corriente, de buena marca. Cuatro hombres lo ocupaban, dos quedaron junto a él y los otros, que venían atrás, salieron y se encaminaron, sin prisas, hacia la puerta del no grande, pero sí hermoso edificio rodeado de amplio parque-jardín muy bien cercado, cuya entrada les abriera un hombre, Budge, el cual siguió tras ellos sin prisas, con una mano metida en uno de los bolsillos de su gabardina. Otro hombre estaba en la entrada, esperando, también con una mano dentro del bolsillo de la suya. Era joven, delgado, moreno, tipo meridional.

Uno de los recién llegados traía un portafolios grande, casi maleta. El otro nada, y sin duda era el jefe. Apenas si contestó al saludo del mozo moreno, inquirió en un inglés duro, gutural, dónde estaba Elcott. El interpelado les invitó a pasar...

El honorable Thomas Elcott se encontraba en un confortable despacho con muebles antiguos y de precio, fumando plácidamente. Sin embargo, podía advertirse en sus ojos una cierta tensión. Durante casi dos horas, él y uno de sus compinches habían estado fotocopiando cuidadosamente los planos del *Argos* por medio de aparatos muy modernos. Ahora disponía de dos juegos de copias perfectas, aparte los negativos y el original. Uno de aquellos juegos y el original, estaban a buen recaudo en su caja de máxima seguridad, otro, y los negativos, sobre la mesa, dentro de su carpeta. Se levantó al entrar el comprador con su acompañante y salió a su encuentro con una sonrisa estereotipada, la mano tendida.

—Buenos días. Espero que no hayan tenido ninguna dificultad...

—Ninguna. ¿Dónde están los planos?

—Aquí. Ya he sacado una fotocopia, para que puedan examinarla y convencerse de su autenticidad. ¿El dinero?

—Aquí lo traemos. Deme esos planos.

—Perdón. No es que dude de ustedes, pero las condiciones acordadas son doble comprobación, recuérdelo.

El comprador tenía la mirada dura, penetrante, y sin duda estaba muy avezado a tales tratos. Tomó la maleta de su compañero, la puso sobre la mesa y la abrió. Estaba repleta de billetes de Banco ingleses, alemanes, suizos, holandeses... cuidadosamente empaquetados.

—Doscientas mil libras esterlinas en billetes de diversas nominaciones y países con moneda fuerte, señor Elcott. Usados y con las numeraciones discontinuas, puede comprobarlo.

La sonrisa de Elcott se hizo casi cálida, abrió su carpeta y sacó un gran sobre blanco, echándolo sobre la mesa.

—Los planos del *Argos*, señor Krapka. Completos y perfectos, pueden comprobarlo.

Como halcones se lanzaron las manos del comprador hacia el sobre, sacando las fotocopias. Y a un seco gesto suyo, su acompañante, a todas luces un experto, se le acercó, calándose unos lentes especiales y tomando la primera fotocopia, que se puso a

examinar con total atención. Mientras, Elcott cogió un fajo de billetes de a diez libras esterlinas y se puso a contar. Al fondo, el sujeto moreno permanecía atento, de guardia.

—Sí, son los planos —decidió el experto, con una leve nota de excitación en la voz—. Pero creíamos que se trataba de un super detector.

—¿Y qué es? —Hubo una súbita nota de recelo en la voz de su jefe, mientras Elcott se alertaba también.

—Aún no puedo afirmarlo, pero es algo por lo menos tan bueno. Un sistema perfecto para impedir la detección de submarinos navegando en aguas de combate...

—Yo no entiendo de eso, señores. Ofrecí apoderarme de los planos denominados Argos, en clave secreta del Almirantazgo, y es lo que he hecho. Lo que ese artificio pueda ser me tiene sin cuidado.

—No estamos reprochándole nada, señor Elcott. ¿Los microfilmes?

—Aquí los tienen.

El comprador tomó el estuche de plástico, mientras su acompañante sacaba otro, metálico, parecido a una pitillera, y una lupa de joyero de sus bolsillos. Pero ya Elcott, con ironía, estaban hablando:

—No necesitan eso. He dispuesto lo necesario para que puedan comprobar de inmediato que se llevan los microfilmes verdaderos.

Sacó de un armarito una pequeña cámara cinematográfica, nipona, naturalmente, pidió los microfilmes y los acopló a ella, luego apagó la luz y encaró el aparato a un panel blanco que su cómplice había colocado mientras allí delante aparecieron, nítidas, bien ampliadas, las páginas del Argos.

Minutos después, los compradores abandonaban aquel despacho. Antes de hacerlo, el que llevaba la voz cantante había hecho una fría, suave, advertencia al señor Elcott.

—Recuérdelo, hemos adquirido todos los derechos. Si descubrimos que no es así, lo pasará muy mal, señor Elcott.

La sonrisa del señor Elcott fue muy elocuente, tanto como su protesta de honestidad.

Pero veinte minutos después de la partida de aquel comprador llegó el segundo. La escena casi resultó calcada, salvo que éste venía

a por los planos originales. También traía doscientas mil libras esterlinas en billetes de Banco de naciones con moneda fuerte. También hizo idéntica advertencia al señor Elcott antes de partir, también recibió idénticas seguridades.

Cuando se volvió a quedar solo en su despacho, el señor Elcott colocó las dos maletas repletas de buen dinero juntas y se frotó las manos con satisfacción. Mientras lo hacía, dijo para sí:

—Sólo me faltaría, para ser totalmente feliz, ver cómo reaccionas al descubrir que tu propia hija ayudó a robarte los planos, hermano, porque está convencida de que no eres su padre...

Cuando los últimos compradores se hubieron alejado camino de Londres, los cómplices de Elcott, sonrientes y satisfechos, cerraron la puerta de la casa y se encaminaron al despacho. Ya era de día, pero el sol no había salido. Por otro lado, aunque saliera no se iba de momento a notar, una densa niebla algodonosa cubría los campos.

Elcott les recibió con su mejor sonrisa.

—Como os dije, muchachos, todo ha salido a pedir de boca. Ahora ya sólo nos queda completar la acción. Dick, te irás inmediatamente a Londres y ejecutarás a Edgerton, dejándolo todo tal como te he dicho. Es absolutamente preciso que cuando la policía y el *Intelligence Service* lo descubra no les quede la menor duda... Otra cosa que quiero remacharos, nada de errores tontos, ahora os llevaréis vuestra parte y la guardaréis del modo que cada cual crea conveniente, pero sin tocarla para nada en una temporada. Tenéis que seguir realizando vuestro género de vida habitual, o todo se irá al traste y ninguno de los tres podremos disfrutar de lo que hemos ganado.

Con una sonrisa cínica, el moreno le contestó:

—Descuide, Elcott, que ni Budge y yo somos novatos. Nos interesa tanto como a usted disfrutar de la vida y sabemos cómo las gastan los policías y el *Intelligence Service*.

—De acuerdo, eso espero, por el bien de todos; Vamos a ver, cuarenta para ti y otras tantas para ti, es lo convenido.

—Y para usted trescientas veinte. Se lleva una buena tajada...

—Muchachos, no olvidéis que soy quien más arriesga, en todos los sentidos. Convinimos en que el diez por ciento para cada uno de vosotros, limpio de polvo y paja, sabéis que no sois los únicos a

repartir. De hecho, sólo me voy a beneficiar con la mitad de esta suma, os consta que siempre he jugado limpio.

—Sí que lo sabemos. Y no estamos reprochándole nada. Para mí, cuarenta mil libras esterlinas está bien, pienso disfrutarlas de lo lindo, como un señor. Me compraré...

—Silencio. También hemos convenido que cada cual debe conservar para sí mismo sus propios planes. Guardaos el dine...

Se cortó, quedándose tan rígido como sus cómplices. Porque allí fuera estaba sonando un timbre con insistencia. El timbre conectado con un pulsador a la entrada de la finca.

Los tres criminales quedaron mirándose con alarma.

—¿Quién diablos puede ser?

—Hay que averiguarlo. Toma.

Elcott había sacado unos prismáticos militares de uno de los cajones de la mesa, se los tendió al llamado Dick, que se marchó veloz del despacho. Budge sacó, nervioso, su pistola y le acopló el silenciador. También Elcott estaba algo nervioso, también sacó, de otro de los cajones, una magnífica automática no menos provista de silenciador.

Dick estuvo de regreso a los pocos minutos. Traía cara de desconcierto y recelo.

—Es un individuo solo, con un «Triumph» naranja. Y me parece haberle visto en el Wellesley.

Algo cambió en la expresión del señor Elcott.

—Dame los prismáticos, voy a ver. Mientras, meted el dinero ahí dentro y quedad preparados.

CAPÍTULO XV

Leslie Fitzalan dejó marchar a los dos compradores con su compra, luego entró en acción.

—Atención todos. Voy a llegarme sólo a la casa. Cuando me sepan dentro, avanzarán y penetrarán en la finca por todas partes, al amparo de la niebla. No creo que haya demasiado peligro, pero si escuchan algún disparo, apresúrense a tomar la casa por asalto.

Llevaba su propio plan de acción, sabía que si iban a haber disparos, como sabía que iba, deliberadamente, a poner su vida en muy grave riesgo. Pero no le quedaba otra opción.

Uno de sus hombres había traído mientras, desde Londres, su coche particular. Montó en él y avanzó hacia la casa de su tío por el camino envuelto de algodones. La gloria del día, allí abajo, era una vagorosa claridad gris, todo estaba de lo más tranquilo y comenzaba, muy alto, a colorearse la niebla con los primeros resplandores solares.

Deteniéndose ante la puerta de la verja, echó pie a tierra y fue a pulsar con insistencia el timbre. Podía representarse vívidamente la escena allí dentro. Sabía que la doncella y el mayordomo de Elcott habían sido despedidos el día anterior con una muy generosa indemnización y la excusa de que el propio Elcott se disponía a marchar al extranjero, para una larga temporada. Lo mismo había ocurrido con el jardinero-*factótum*. Dentro de aquella casa, con su tío, sólo debían encontrarse sus dos peligrosos ayudantes. Era suficiente. En cuanto al otro, al «sosias», Leslie Fitzalan ya tenía una vaga idea sobre cuál iba a ser su destino.

Tardaron en responder a su llamada. Era muy lógico, ahora, su tío, sin duda estaba preguntándose qué demonios hacía él allí, cómo demonios averiguó que estaba allí y otras preguntas no menos inquietantes por el estilo. Conque todo siguiera por sus cauces normales, se conformaba.

Vio llegar al tipo aquél, Budge, encargado de las misiones. Traía el paso lento y una mirada nada tranquilizadora. Le interpeló con dureza desde el otro lado de la reja:

—¿Quién es y qué anda buscando aquí?

—Amigo, busco a mi tío Elcott. El honorable Thomas Elcott, concretamente.

—No conozco a nadie de ese nombre. Lárguese o le pesará.

—No va a pesarme nada. Y no me diga que no conoce al tío Tom, porque entonces me veré, contra mi voluntad, obligado a ir derechito a la policía con una historia que va a interesarles.

Su actitud volvió a dar resultados. Budge se encogió de hombros y le abrió la puerta, gruñéndole:

—Adelante, si tiene ganas de bronca. Su tío no gusta que le levanten de la cama a estas horas, se va a poner de un humor de perros.

—No se preocupe por eso, yo cargaré con la responsabilidad.

—Seguro...

Se le puso de espaldas, un cortejo intranquilizador.

Cuando entraron, cerró y le ordenó detenerse en el vestíbulo.

—Avisaré a su tío. ¿Qué es lo que quiere de él?

—Eso a usted no le importa, me parece. Dígale que se trata de su sobrina Leslie y de viejas historias.

Fue sintomático que Budge no insistiera. Debían estar los tres muy desconcertados, nerviosos y llenos de interrogantes. Por lo mismo, más peligrosos eran.

Budge retornó a los pocos minutos, con cara de circunstancias.

—Sígame.

Elcott estaba sentado tras la mesa de su despacho, con pétrea expresión. No se movió al entrar su sobrino. Dick se hallaba sentado en uno de los sillones... de tal modo situado que iba a quedar a espaldas de Leslie Fitzalan en cuanto éste se acercara a la mesa. Fumaba con displicencia, pero Leslie notó que estaba tan tirante como un muelle tensado al máximo.

Avanzó displicente, como si aquella visita fuera lo más natural del mundo.

—Espero no haberte despertado, ni estar interrumpiendo nada importante, tío Tom.

Su ironía se embotó en la impasibilidad de Elcott, cuyos ojos

parecían taladrarlo.

—¿A qué se debe tú presencia aquí, y cómo te has enterado de que estaba en este lugar?

—Sería un poco largo de contar. Y a decir verdad, si no te importa, preferiría que habláramos a solas, por tratarse de un asunto de familia no apto para extraños.

Elcott pareció reflexionar unos instantes. Luego hizo una seña con la cabeza a Dick y a Budge, que abandonaron el despacho.

—Ya estamos solos. Habla.

No se había levantado. Y tenía la mano derecha oculta en cierto modo por la mesa. Sonriendo, Leslie sacó la pipa y la bolsa de tabaco con sus estudiados ademanes de *snob*.

—Debes estar muy sorprendido y más alarmado, ¿verdad, tío Tom?

—¿A qué te refieres?

—A mi inesperada aparición aquí, justo cuando te las estabas prometiendo más felices, después de robarle a tu hermanastro unos importantes planos secretos y colocarlo así en la picota del deshonor y el escándalo público.

—No sé de qué me hablas. Debes estar borracho...

—De lo más sereno. Tampoco estoy loco, cosa que no me atrevo a afirmarlo de ti. Una largamente meditada y diabólica venganza la tuya, tío Tom.

Hizo una pausa, pero ahora, Elcott no habló. No le quitaba ojo, una mirada muy intensa, tenía la boca apretada. Leslie encendió el tabaco y fumó sin prisas. Sentía una extraña voluptuosidad jugándose la vida de aquel modo.

—Eres un perfecto granuja, tío Tom —siguió, como si le elogiara—. Un canalla bastante completo, hay que admitirlo. También que tienes una inteligencia superior a lo normal. Diabólica, podría decirse, por lo deformada. Es posible que estés un poco loco...

—Basta de insultos.

—De acuerdo. Tío, estoy perdidamente enamorado de mi prima y tocaya, cosa que sin duda ignoras. Cuando la otra tarde, en Wellesley, la descubrí en animada conversación contigo, me sorprendió muy de veras, por eso me hice el contradicho. Y me llevé la gran sorpresa. ¿Imaginas cuál?

—Sí.

—Descubrí que tú no eras tú. Un contrasentido, a simple vista, pero fácil de explicar. El hombre que es tu contrafigura puede engañar casi a cualquiera, lo admito. A mí no lo consiguió por unos cuantos pequeños detalles. ¿Te interesa conocerlos?

—Dímelos.

Se los dijo. Era muy excitante la situación.

—De modo que me puse a preguntarme dónde diantres estarías tú y por qué había en Londres alguien que se tomó tanto trabajo por parecésete. La cosa, a decir verdad, no tenía sentido, dados tus antecedentes. ¿Sabes qué hice? Poner en juego mis amistades, gastar un poco de dinero en agentes especiales que te rastrearán y cosas así. Indecoroso, pero muy efectivo, créeme. Veinticuatro horas después ya estaba convencido de que habías metido a Peaches, tu sobrina y mi amada, en una trampa tan retorcida y sucia que no la mejoraría el propio Satanás. Entonces me lo jugué todo a una carta, con ella. Y para mi alegría, respondió.

—¿Respondió?

—Me contó la historia de sus relaciones contigo, cómo un día te hiciste el contradicho, cómo la tratas de cariñoso y paternal, cuantas hermosas historias le has contado sobre mí mismo y lo ocurrido hace veinte años... Es una ingenua tu sobrina, ya lo sabes, tras su disfraz de muchacha ultramoderna, sin duda, te resultó fácil embaucarla. Y lo que es peor, la pobrecita está convencida de algo tan tremebundo y folletinesco como de ser tu hija.

Tampoco ahora Elcott abrió la boca. Pero su expresión había cambiado ligeramente. Leslie prosiguió:

—Como dije, eres un perfecto canalla y debes estar también bastante loco, tío Tom. Has envenenado la vida de esa pobre muchacha, tu sobrina carnal, que ningún daño te ha causado, y tengo la certeza de que te propones aún cosas peores. Por eso estoy aquí, para impedirlo a toda costa.

—¿De veras?

—Sí, tío Tom. No sé si te quedará, lo dudo, un resto de decencia, de honorabilidad. No importa, hablaremos de hombre a hombre y sin rodeos. He descubierto el tinglado que tienes montado para hacer objeto de chantaje a gentes que a tu juicio te deben algo, o de las que puedes sacar buen dinero. Conozco tu doble vida, si así se la puede llamar, la existencia de ese «sosias» casi perfecto que te

permite una especie de desdoblamiento de lo más efectivo a la hora de establecer coartadas, y estoy seguro de que sabes mucho sobre el asesinato de ese peluquero, tu socio, y no sólo en la cadena de peluquerías. Si te empeñas en dañar a Peaches, si no la dejas en paz de una vez para siempre, y le demuestras que su verdadero padre es tu hermano, y no tú, voy a irme derecho a la policía y les entregaré todas las pruebas que poseo contra ti. No me parece que te agrade la idea de pasarte en presidio el resto de tu vida.

Había hablado sin cambiar su actitud, el tono, nada, como hablaría el Leslie Fitzalan de todos conocido. Sabía lo que iba a suceder y sucedió.

—Eres un estúpido, sobrino. Estúpido, también ingenuo. De modo que vienes aquí, a esta hora, a amenazarme... Hubieras debido acudir directamente con tu historia a la policía.

—He querido darte esa oportunidad de que todo quede entre nosotros. El que tú no lo seas no significa que yo deba dejar de ser un caballero.

Le engañaba. Como a todos. Vio su sonrisa dura, buida, burlona. Como su voz ahora. Burlona y cruel.

—Un caballero... El botarate de Leslie Fitzalan, un pavo real presuntuoso y un perfecto imbécil... ¡Quieto! No te muevas, sobrino. Sentiría que me obligaras a meterte una bala en esa linda sesera que tienes, antes de tiempo.

Su diestra había aparecido armada con la pistola provista de silenciador y ahora apuntaba a Leslie, que siguió actuando su papel.

—Debí imaginármelo...

—Debiste, sí. Pero eres demasiado estúpido, demasiado caballero, yo, en cambio, no soy ni lo uno ni lo otro, de modo que quédate quieto o lo vas a sentir.

—No te atreverás a asesinarme aquí, en tu propia casa.

—No es mi casa, no está a mi nombre, ¿no lo sabías? Pero supongo que es mucho lo que ignoras y, sin duda, te gustaría saberlo.

—Si me haces ese favor...

—Con mucho gusto, sobrino. Conoces la vieja historia, ¿verdad?

—Bastante bien.

—No lo bastante. Admito que siempre me gustó todo lo mejor, fuesen mujeres o diversiones, o comida, o vinos... Y todo eso cuesta

mucho dinero. Yo no lo tenía, mi madre cometió dos errores casi consecutivos, casarse con un hombre rico que le llevaba veinte años y enamorarse luego de otro sin dinero. No necesitas decírmelo, era adúltera, fue repudiada y tuvo que dar gracias al Cielo de que su marido falleciera en combate poco después. Así se quedó viuda y pudo recomponer su vida honorablemente. Pero siguió cometiendo errores, mi padre sólo era un *gentleman* por su origen. El resultado fue, para mí una niñez y una juventud repletas de humillaciones de todo género. Debes saber que es en la niñez y la juventud cuando se conforma el ser humano.

—Sí. Es un excelente justificante para delincuentes.

—Es la pura verdad. Desde niño supe que era pobre y mi hermano Douglas rico. Mientras yo debía contentarme con las sobras del banquete, para él eran los mejores bocados. Entró en la Marina, como su padre, yo a duras penas pude hacerlo en el Cuerpo Diplomático. Es mucho menos inteligente, atractivo, simpático, culto, que yo; pero se casó con una mujer de la mejor sociedad, hermosa y millonaria, hizo una brillante carrera y ahora ahí le tienes, almirante, título de nobleza, prestigio, poder...

—Tú pudiste alcanzarlos.

—¡No es cierto! Yo fui siempre mal mirado por Causa de la inquina de él. Me consta que a él debo todo lo que debí soportar en Eton, en el Servicio Diplomático... Mi hermano me despreció y odió siempre, lo sé; no sólo no hizo nada por ayudarme, sino que aprovechó cuantas oportunidades se le presentaron para hundirme. Por eso quise herirle donde más le doliera... En su mujer, que era tan tonta y vanidosa como todas, tan fácil de embaucar. Lo hubiera conseguido, sí, y luego se lo habría echado a la cara como un trapo sucio, a no haber sido por aquella maldita coincidencia que echó por tierra mis planes. Un día más, y mi cuñada habría caído en mis brazos. Aun así, hubo entre nosotros lo bastante para que desde entonces mi hermano no haya podido, estoy seguro, arrancarse esa espina del cerebro.

Había un odio viejo enquistado en sus palabras, lo paladeaba como un caramelo. Pero no se descuidaba ni un momento.

—Se vengó destruyendo mi carrera, haciéndome expulsar del Cuerpo Diplomático, convirtiéndome en un paria social. Todos los caminos se me cerraron y llegué a verme hundido en la más negra

miseria, en la más sombría desesperación. Así, durante años, soportando lo insoportable, mientras mi gran hermano ascendía peldaño tras peldaño en su brillante carrera, sin ningún mérito propio, tan sólo por ser rico, por haber hecho un buen matrimonio...

Leslie Fitzalan sabía cuán deformada era aquella versión de los hechos; pero se abstuvo de interrumpirle, le dejó proseguir su evocación rencorosa, pues con ello ayudaba a su propio plan. Finalmente, Elcott llegó al tiempo actual.

—He logrado mucho, muchísimo más de lo que te imaginas, sobrino, me complace decírtelo porque veo en ti al perfecto símbolo de la casta que me expulsó de su seno porque, según ellos, yo era un individuo despreciable. ¡Ellos son despreciables, todos ellos! Y lo he probado a la saciedad...

—Aliándose con un ambicioso peluquero italo-maltés al que la pura suerte había hecho descollar en un momento dado.

—Descubrí que le gustaban las mujeres tanto como a mí, el juego también, y que tenía unos cuantos puntos excelentes para agarrarlo y dominarlo. Se trataba justo del tipo de hombre que me convenía, de modo que le tendí un par de trampas y cayó en ellas con facilidad. Cuando le puse ante las narices las pruebas que podían llevarle a la cárcel por veinte años, y le expliqué cuáles eran mis condiciones, aceptó, porque era ambicioso, inteligente y astuto, aceptó, imaginándose que podría llegar a neutralizarme y colocarse a mi nivel, en eso se engañó de medio a medio.

—He descubierto que tienes un elevado porcentaje en su negocio. ¿De dónde sacaste el dinero?

—Sientes curiosidad, ¿verdad? Te lo diré, sí, no faltaba más. Durante diez años las pasé moradas, todo me salió mal, incluso fui a la cárcel...

—Eso ya lo sé. Una vez por estafa y dos por emisión de cheques sin fondos.

—Ya veo que estás bien enterado... Ciertamente, tres cortas temporadas de cárcel. La tercera, mi importante hermano me vino a ver al penal con una oferta que era un ultimátum. Podía hacerme salir enseguida, pero a condición de que aceptara abandonar para siempre Inglaterra. Me pagaría el pasaje a cualquier dominio, o colonia, eso era todo lo que haría por mí. Y eso, dijo, porque

nuestra madre común se lo pidió antes de morir. Acepté, naturalmente, pero sólo permanecí tres meses en Australia. Ahora te lo puedo decir, hubo un robo en una importante empresa y nunca acertaron a descubrir al ladrón. Conseguí diecisiete mil libras australianas y estaba fuera del país cinco horas después de haberlas conseguido, cuando aún el robo no había sido descubierto. Me fui tranquilamente en barco, había adquirido mi pasaje días antes, me había despedido normalmente de mi empleo, nadie me conectó con aquel robo, pues ninguna conexión tenía con la empresa robada.

—No está mal...

—Sólo fue el comienzo de mi recuperación. Volví a Europa, no me di prisa en retornar aquí, antes necesitaba dinero, mucho dinero. Y la suerte, que tanto tiempo me dio la espalda, ahora me favoreció. En dos años conseguí reunir algo más de noventa mil libras esterlinas. Entonces regresé; adoptando todas las precauciones para que mi hermano y mis antiguos conocidos no se enterasen. Regresé, me puse a preparar mis planes, descubrí a Dorianos, supe que era el hombre por mi necesitado y me hice con él.

Ahora su tono era exultante. Y seguía sin quitar ojo a su sobrino.

—Le di a Dorianos la base económica que necesitaba para montar su peluquería, pero también el asesoramiento adecuado. Sin mí, no habría conseguido gran cosa, a pesar de su pequeño éxito ocasional. Conmigo, subió como la espuma.

—Y comenzaste a poner en marcha tu endemoniado plan de chantajes al por mayor.

—Sí, sabes mucho... Demasiado, para sólo hacer unas horas que me haces vigilar.

—Ya te he dicho que tanteé a mis amistades. Tengo muchas y muy buenas. Además, contraté a muy buenos agentes. Y la propia prensa está publicando que Dorianos tenía montado un oscuro negocio criminal, aún no exactamente definido, en su peluquería. Conociéndote, y dadas las características de él, no se necesita ser lince para imaginárselo. Pero además, ocurre que te vi anteayer tarde saliendo del edificio dónde está la principal peluquería de Dorianos en compañía de *lady* Penross. Luego, el conserje me contó que tienes un pie da terre en el quinto piso de esa finca. Y conozco muy bien a *lady* Penross, sólo un chantaje puede haberla llevado a

aceptar tu intimidad.

—¿Tú crees? Está bien, lo admito. Pero ella cedió muy pronto, en cuanto vio su reputación personal, y la de su marido, en peligro. Como lo han hecho muchas otras, docenas de altaneras mujeres de la mejor sociedad...

—Con lenguas demasiado sueltas, como es habitual en las mujeres. Se sentaban en la peluquería de Dorianos, charlaban por los codos, y tú recogías sus chismes en grabaciones, ¿verdad?

—Exacto, sobrino, veo que eres muy bueno estableciendo deducciones. Micrófonos cuidadosamente situados recogías todo cuanto de posible interés salía, casi siempre de manera inconsciente, de las bocas pintadas de las clientes de Dorianos, en todas sus peluquerías, pero especialmente en la central. Luego, yo examinaba con sumo cuidado todo aquel material. Raro era el día que no lograba un dato interesante, después, todo consistía en seguir la pista. Un escogido equipo de sagaces investigadores, todos los cuales ignoran para quién y qué han estado trabajando en realidad, se encargaba de reunirme las pruebas que necesitaba, creyendo estar trabajando para padres, maridos... ya me entiendes. Una vez con el material clasificado, yo entraba en contacto con mis víctimas. Conozco muy bien a toda esa gente, me he criado con ellos, sé cómo atacarles. Ni una sola vez fallé.

—Debes haber sacado mucho dinero.

—Mucho. Y también forcé a muchas orgullosas mujeres a convertirse en mis esclavas, mis amantes, humillándolas profundamente. Algunas se las dejaba a Dorianos después, aunque él tenía sus propias piezas.

—Imagino que nunca le contaste todo tu juego.

—¿A Dorianos? Naturalmente, sólo era mi hombre de paja, sabía muy bien quién era su amo. No le gustaba, pero se aguantaba, por lo mucho que le convenía.

—Sin embargo, ordenaste su muerte. ¿De veras te traicionó?

—No. Elijo muy bien a mis colaboradores, jamás me ha traicionado ninguno, les consta lo que arriesgan de intentarlo. Pero Dorianos tenía que morir, formaba parte importante de mi gran plan.

—Aún no me has hablado de tu doble. ¿Dónde lo encontraste y cómo se te mantiene tan dócil? Desde luego, ése es un golpe

maestro.

—Gracias por reconocerlo, sí lo es. Se llama Felton, es un actor fracasado, había huido de este país abrumado de deudas y buscado por timos y pequeñas estafas. En Francia se vio complicado en un par de asuntos feos, estaba en bastante mala situación cuando le conocí, la policía le buscaba por un robo y por proxenetismo. Noté en el acto su extraordinario parecido conmigo, no sólo en las facciones, sino en la contextura del cuerpo. Entonces tuve una idea excelente y la puse en práctica de inmediato. Primero le compliqué, sin que lo sospechara, en un homicidio de una mujerzuela. Cuando estaba loco de miedo, me presenté como su ángel salvador, le hice mi proposición y la aceptó sin vacilar. Un excelente cirujano plástico le arregló la cara, dándole mis mismas facciones. Una larga temporada de convivencia le hizo aprender mi dicción, mis gestos, todo; y también le aleccioné a fondo sobre mi vida. Es la arcilla más maleable que jamás tocaron mis manos, créeme. Y un buen actor, ha sabido doblarme con total eficacia.

—Con lo cual te has conseguido la mejor fuente posible de coartadas.

—Exacto. Cada vez que he necesitado estar en alguna parte realizando algo arriesgado, o comprometido, él estaba haciéndose bien visible en otro lugar, a la misma hora y a suficiente distancia. A menudo le he premiado traspasándole mujeres bellas y distinguidas, que no sospecharon nada, fíjate si actuará bien. Él es quien siempre se ha entrevistado con tu prima, yo tal vez no lo hubiera sabido hacer tan bien. Se aprendía el papel, luego lo recitaba. Ella no podía imaginarse la verdad, ni nadie.

—¿Ya le tenías la última vez que nos vimos?

—Sí. Pero aún no actuaba plenamente. Lo ha hecho durante cinco años a la perfección y ahora va a rendirme el último servicio, esta vez sin saberlo.

—Le vas a matar.

—Me sorprende tu agudeza, sobrino, no te imaginaba tan sagaz. De haberlo sospechado habría tomado mayores precauciones. Aunque, después de todo, tú mismo lo haces innecesario, con esta visita.

—Porque también me vas a matar.

—Sí. No me dejas opción, por eso te lo estoy contando todo. Y

ahora llegamos al final, mi gran operación. ¿Sabes qué he hecho esta noche?

—Dímelo, lo estés deseando.

—En efecto, sobrino, acabo de robarle a mi hermano, en su propio despacho, los planos de un proyecto militar súper secreto de un arma especial para los submarinos. Se los entregaron esta tarde, deberá devolverlos mañana, con su propio informe y su «vía libre» para que comience su puesta en servicio. Pero cuando abra mañana su caja fuerte no les encontrará. Y luego se descubrirá que su propia hija ayudó a los ladrones, esos dos que esperan mi llamada ahí fuera, a llevárselos. Cuando la interroguen, tu amada se derrumbará, lo contará todo, dirá que actuó así, entre otras razones, por la de tener la certeza de que soy su padre natural. ¿Te imaginas qué magnífico escándalo, sobrino? Mi hermano quedará no sólo destruido, sino deshonorado ante todo el país, todo el mundo.

—No es mala venganza, desde luego.

Su calma estaba poniendo nervioso a Elcott, preocupándolo, aunque no lo quería aparentar se le traslucía poco a poco.

—No lo es. Pero hay más. En dos maletas, dentro de esta habitación, hay cuatrocientas mil libras esterlinas en billetes, el precio que me han pagado por los planos secretos los representantes de dos poderosas potencias, creyendo cada cual que se los llevaba en exclusiva. Cuando descubran mi jugada nada podrán hacerme, porque estaré muerto y desmantelada toda mi organización.

—¿Puedo saber cómo?

—¿Por qué no? Lo planeé con todo detalle y se está cumpliendo sin un fallo. Primero hice que Dorianos presionara a tu amada prima, mi impulsiva, romántica e inocente sobrina, tan convencida ella de ser una moderna amazona capaz de bandeárselas en la vida como cualquier hombre, de que yo era su padre verdadero y mi hermano un perfecto canalla, un ser ruin que se vengó del adulterio de su esposa con su propio hermano, destruyéndome. Es curioso, cómo cuanto más enrevesado es el folletín mejor se lo tragan las mujeres, ¿no te parece? Te aseguro que casi todas tus damas y damitas de la mejor sociedad han caído en mis manos, más aún que por las pruebas, en sí, que poseía para presionarlas, por el adobo que les puse... Pero al grano. Una vez Dorianos logró que Leslie aceptara reunírsele para una entrevista privada en Hyde Park, todo

funcionó sin un fallo. Desde luego, Dorianos no se imaginaba lo que iba a suceder. Creía que iba a estar allí Dick, ese mozo moreno que has visto al entrar, con una cámara para tomar escenas que servirían luego para reforzar el chantaje. Estaba, sí, y con su cámara, pero también con una pistola. Y con él, pero al otro lado del camino, otro de mis hombres de máxima confianza, un formidable tirador. Él le metió una bala en el cráneo a Dorianos en el momento justo, luego dejaron escapar a tu prima, corrieron al coche, acoplaron a Dorianos sobre el volante y le dispararon otro tiro a la espalda, casi a quemarropa; luego se alejaron en dirección opuesta a la seguida por Leslie en su fuga, llegaron a dónde tenían esperándoles su coche, conmigo al volante, y desaparecimos. Nadie les vio ni sospechó de ellos, el lugar y la hora había sido cuidadosamente elegidos. A la mañana siguiente utilicé a unos actores profesionales, y un coche idéntico al de Dorianos, para filmar la misma escena, con las variantes necesarias a fin de que Leslie, al ver las fotografías, acabara de asustarse y accediera a obedecer en lo que se le pidiera. Naturalmente, ella había sido seguida desde su casa cuando fue a echar al Támesis el hatillo de ropas. Las sacamos, secamos y utilizamos en la filmación, devolviéndolas luego al río.

—Un trabajo perfecto...

—En todos sus detalles. Mientras, la policía iniciaba sus indagaciones, Dick y otro de mis hombres manipularon en algunos de los micrófonos ocultos en los sillones de la peluquería, dejando oídos sin tocar. Yo sabía que la policía iba a encontrarlos e inmediatamente se lanzarían en aquella dirección, no tardarían en dar con algunas mujeres que admitirían haber sido objeto de chantaje. A su debido tiempo llegarían a descubrir que un tal Thomas Elcott era el casi propietario de la cadena de peluquerías hasta hace dos semanas, que ha vendido sus derechos a una empresa muy seria y solvente, con una cláusula indicadora de que no podrán hacer valer tales derechos hasta el primero del mes próximo. Pero también encontrarán muerto a Thomas Elcott y eso cerrará el círculo.

—¿Sí?

—Imagínate. He liquidado todas mis propiedades en este país, la mayoría de las cuales no figuraban a mi nombre, ésta incluida. Un

millón ochenta mil libras esterlinas, que ya están a seguro al otro lado del Canal. Con mi beneficio por la venta de esos planos, más que suficiente para mí, para el tiempo que me pueda quedar de vida. Nadie, excepto tú, y naturalmente, tres o cuatro de mis más íntimos subordinados, conocen la existencia de mí «sosias». Cuando me encuentren... cuando encuentren a Felton, estaré muy muerto, no podrá hablar. Pero junto a él habrá un largo escrito mío, de mi puño y letra, dirigido al juez. Una hermosa y muy interesante historia que ni mi hermano, ni su mujer, ni su hija, podrán rebatir. No podrán mezclarme con el robo de esos planos, quedará todo de tal modo arreglado que la policía y el Servicio Secreto pensarán fui en cierto sentido víctima de los ladrones, como el propio Dorianos; que tu prima, mi sobrina, llevaba una doble vida, como tantas y tantas mujeres. Y mientras ellos se hunden para siempre, yo estaré en manos de un magnífico cirujano facial, en Alemania, cambiándome la cara. Dentro de tres meses seré otro hombre, un apacible caballero de edad mediana que disfrutará de todos los placeres de la vida, sin temor a ser reconocido ni molestado por la policía, en una espléndida finca de un tranquilo y soleado país. Pero tú, sobrino, no podrás verlo, ya que voy a matarte.

—¿Y qué harás con mi cuerpo, dejarlo aquí?

—Naturalmente que no. Tendré que llevarte conmigo, al menos en la primera parte de mi viaje. Luego irás a parar al Canal, dentro de un bloque de cemento rápido. Y ahora...

La pistola se movió ligeramente. Leslie habló rápido:

—Un momento, tío Tom. En tu magnífico plan hay un tremendo fallo. ¿No deseas conocerlo?

Por un instante pareció que Elcott iba a disparar. Pero no lo hizo. Y latía un súbito recelo al inquirir:

—Dímelo.

—Te has equivocado de medio a medio conmigo. Porque ocurre que soy un agente del *Intelligence Service*.

—¡Mentira!

—Compruébalo por ti mismo. En este momento, una veintena de hombres del Service, poderosamente armados, rodean esta casa. Hace cuarenta y ocho horas que estás siendo marcado, así como tus ayudantes. He dejado que se marcharan tus compradores adrede, porque deseaba sostener esta conversación privada contigo, ya te

puedes imaginar la razón, o razones. Por lo demás, los planos que hiciste robar y has vendido no son sino hábiles falsificaciones realizadas por nuestros especialistas, tu hermano y tu sobrina estaban en el secreto y han contribuido a tenderte esta trampa.

—Mientes, estás tratando de salvarte...

Pero resultaba claro que ya Thomas Elcott no las tenía todas consigo. Tranquilo, sonriente, desdeñoso... y muy alerta, muy tenso en realidad, Leslie Fitzalan insistió:

—Es fácil comprobarlo. Mira por la ventana.

Sabía que lo iba a hacer. Sin dejar de vigilarlo, claro, pero impulsado por el recelo. Y durante unas décimas de segundo tendría que mirar hacia otro lado.

—¡Dick, Budge!

Había una nota nerviosa en la llamada. La puerta se abrió al instante dando paso a los dos granujas que esperaban fuera. Traían sus pistolas empuñadas ya. Elcott era más astuto que el mismo diablo...

—¿Qué pasa?

—¡Vigiladlo! ¡Matadle si se mueve!

Dos pistolas apuntaron a Leslie, tomando el relevo de la que hasta entonces lo hiciera. Elcott ya iba hacia la ventana, a la sazón cerrada, y comenzó a alzar el pestillo.

—Yo, en vuestro lugar, lo pensaría dos veces. La casa está rodeada por los agentes del *Intelligence Service*.

Su fría advertencia sobresaltó mucho a ambos criminales, llevándoles a cometer el mismo error. Se miraron... y miraron a Elcott, que se acababa de guardar la pistola para poder abrir las contraventanas.

—¿Es...?

Tan veloz como una cobra que ataca, la diestra de Leslie Fitzalan, que parecía haberse acercado, con la pipa apagada, al pecho de modo indiferente, soltó la pipa, se metió bajo la chaqueta y asomó empuñando una magnífica pistola automática de cañón corto, bajando el seguro y apretando el gatillo casi apenas sacarla de abajo la chaqueta.

Su movimiento, por lo veloz y casi suicida sorprendió a ambos sobresaltados asesinos. La primera bala destrozó la mandíbula del llamado Dick, haciéndole aullar de dolor y, simultáneamente, el

propio Leslie dejábase caer, mejor dicho, se tiraba al suelo de espaldas y a un lado, haciendo que el nervioso disparo de Budge le medio fallara, al solo pegarle un dolorosísimo latigazo el proyectil en el costado izquierdo. Antes de que Budge pudiera repetir su disparo le metió una bala en el hígado, y el granuja se dobló al recibir el impacto, abriendo mucho la boca para gritar.

Pero ya Elcott estaba de nuevo empuñando su pistola, con una expresión de rabia intensa, desesperada, homicida.

Porque fuera resonaban golpes y voces indicadoras de que su sobrino no le había mentado.

Su primer disparo, y el del propio Leslie, se confundieron. Casi. Pero sólo resonó el de la pistola de éste. Leslie había seguido moviéndose como un gato atacado por perros, y el proyectil disparado por su tío le pegó en el brazo izquierdo, dejándoselo de golpe entumecido por un dolor rabioso.

Pero Elcott se crispó violentamente y cayó contra la ventana, encogiéndose, al recibir un balazo en la parte baja del costado izquierdo. Hizo un violento esfuerzo para apuntar de nuevo, pero Leslie ya estaba levantándose, sin dejarse dominar por el dolor de sus heridas. Era mucho más joven y combativo. Pegó un empujón al malherido Budge, que también intentaba volver a dispararle, y le colocó en la trayectoria de aquella bala, que fue a darle de lleno y acabó con toda su combatividad. Entonces, él se irguió, apuntado fríamente a su tío, y le metió dos balas seguidas en pleno pecho.

Thomas Elcott soltó su pistola y se derrumbó aparatosamente, quedando sentado en tierra, contra el radiador que había bajo la ventana. Tosió secamente y la sangre le llenó la boca saliéndole también por la nariz. Tres rosas escarlata aparecían en la nítida. — Antes— pechera de su camisa, uniéndose aprisa en una sola; y en sus ojos estaba ya la sombra de la muerte.

Afuera, los golpes eran más rudos y hacia la puerta se oyó una ráfaga de metralleta. Leslie Fitzalan se acercó a su tío y, mirándole a los ojos, se lo dijo:

—Comprenderás por qué me he arriesgado, tío Tom. Conociéndote, necesitaba saber hasta dónde llegaba tu insania, tu odio morbosos hacia tu hermano. Y una vez sabido, tenía que matarte, para librar a ellos de tu maquinación.

Thomas Elcott fue a decir algo, pero ya no pudo. Tosió de

nuevo, una tos seca, espasmódica, y volvió a salirle más sangre por la boca y nariz, se le quedó fija la mirada, luego tronchó la cabeza y rodó por el suelo. Muerto.

EPÍLOGO

—Estaba lo suficiente loco para que no hubiera podido mandarlo a presidio y lo bastante cuerdo para habernos sumido a todos en un escándalo de imprevisible volumen y consecuencias. Pero, además, no nos interesaba al *Intelligence Service*, al Gobierno, un proceso por espionaje. Ha muerto y así esté mucho mejor.

—Es... tremendo... Y pensar que estuvo a punto de salirse con la suya...

—Faltó un pelo. Y sólo por azar no sucedió. De haber encargado a otro la misión, en vez de a mí, lo habría conseguido. Y de no haberos visto juntos el agente mío que te conocía, probablemente también. Lo tenía todo diabólicamente bien planeado, incluso su vía de escape al Continente, en helicóptero y luego en un velero deportivo. Se había deshecho durante las dos últimas semanas de todas sus propiedades en este país, mejor dicho de las cuatro quintas partes de las mismas, enviando el dinero por distintos canales al extranjero. Del mismo modo se deshizo de todos sus colaboradores. Liemos descubierto que, salvo media docena, ninguno de ellos tenía la menor idea de la verdadera índole de su negocio, así que le fue fácil, sin despertar sospechas, dado que casi todo lo tenía manejado a través de hombres de paja, o con nombres supuestos. Muerto Dorianos, marchados al extranjero Budge y sus otros ayudantes de máxima confianza, sus espaldas quedaban total y eficazmente cubiertas al matar a su «sosias», dejando el cadáver bien visible.

—Tenía que matarlo, ¿verdad?

—Sí. Era imprescindible, el broche que cerraba su brillante plan. Thomas Elcott iba a lograr así el sueño de todos los ególatras psicopáticos, sobrevivirse. Podría conocer, vivo, lo que de su persona, muerto, decían los demás, viéndose en el centro de un *affaire* escandaloso de rango internacional, mientras con otra

identidad vivía plácidamente con el producto de sus fechorías. Pero todo le falló cuando ya creía tenerlo conseguido. Debió ser muy duro para él, por eso comenzó a disparar y me obligó a matarle.

Y ahora todo estaba terminado, Thomas Elcott había sido sigilosamente enterrado en lugar discreto, tras ser escamoteado del lugar de su muerte. La prensa ni siquiera mencionaba su nombre en conexión con el *affaire* Dorianos.

—La policía ha tomado el asunto totalmente en sus manos, ningún periodista, por hábil que sea en husmear, logrará conocer la verdad.

No, porque el «sosias», ahora a buen recaudo, estaba siendo convenientemente aleccionado y no era hombre para heroicidades.

—Reaparecerá haciendo su vida normal durante un tiempo, bien vigilado por nuestros hombres, luego se marchará definitivamente al extranjero, de hecho recobrará su rostro verdadero y quedará libre a cambio de su promesa de coserse la boca, cosa que hará para ahorrarse muchos disgustos. Oficialmente, la policía cercó y tuvo que matar a los asesinos de Dorianos en esa casa, cuyo propietario está momentáneamente fuera del país, se trató de un ajuste de cuentas entre granujas. Dorianos tenía un negocio de proxenetismo, drogas y chantajes tras la tapadera de sus peluquerías ésa es y será la versión oficial. Y vosotros quedaréis libres por completo de todo riesgo de escándalo.

—Es un inmenso alivio saberlo.

—Sin duda. La pesadilla ha terminado. Curioso personaje el tío Thomas... Un psicópata, un brillante y tortuoso cerebro, un magnífico organizador y muchas cosas más. Habría podido llegar muy lejos, honradamente, si no hubiera sido tarado desde la infancia por el odio fraterno y, posiblemente, también por un complejo sentimiento de rencor hacía todas las mujeres provocado al descubrir el adulterio de su madre. En fin, se acabó. Espero que hayas quedado saciada de aventuras.

—De las de ese tipo, para toda mi vida. Les, he descubierto que no soy sino una tonta y romántica muchacha muy necesitada de amor, cuidados, mimos y protección. ¿Tú crees que los encontraré?

Aunque tenía un brazo en cabestrillo y un costurón largo y doloroso en el costado, Leslie Fitzalan le demostró, entonces, a Leslie Stanford cumplidamente cuál era su opinión sobre el asunto.

Al menos, Leslie Stanford consideró, en su fuero interno, y muy satisfecha, que era muy convincente su respuesta.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

